

IBERIA E IBEROS EN LAS FUENTES HISTÓRICO-GEOGRÁFICAS GRIEGAS: UNA PROPUESTA DE ANÁLISIS*

Gonzalo Cruz-Andreotti
Universidad de Málaga

RESUMEN

Este trabajo no pretende hacer un estudio descriptivo de las fuentes antiguas sobre Iberia y los iberos. Proponemos un método de análisis de las más significativas de ellas, que nos permita encontrar claves para la comprensión del uso y función de los nombres étnicos y territoriales en los diferentes contextos históricos previos y posteriores a la conquista romana.

ABSTRACT

This paper is not intended to a descriptive study of the ancient sources about Iberia and the Iberians. We propose a method of analysis of the most meaningful of them, using a method which enable us to find clues for the understanding of the use and function of the ethnic and territorial names in the different historical contexts before and after the Roman conquests.

PALABRAS CLAVE

Geografía antigua de la Península Ibérica, Etnografía Antigua de la Península Ibérica, Iberia, Íberos, Hecateo, Heródoto, Herodoro, Timeo, Éforo, Polibio, Estrabón.

KEY WORDS

Ancient Geography of the Iberian Peninsula; Ancient Ethnography of the Iberian Peninsula, Iberia, Iberians, Hecateus of Miletus, Herodotus, Herodorus, Timaeus, Ephorus, Polybius, Strabo.

Cuando hablamos de poblaciones prerromanas de la Península Ibérica, es bastante habitual que historiadores y arqueólogos procuren buscar elementos culturales que terminen por dar homogeneidad y limitar un “territorio arqueológico” al que, luego, adscriben un término étnico o territorial heredado de la Antigüedad, dada la práctica ausencia de documentación escrita procedente de dichas comunidades. Este fenómeno identitario ha sido planteado tradicionalmente o bien como un proceso atemporal, en el que las comunidades desde su origen conservan su “esencias” manifiestas a partir de rasgos materiales definitorios que se repiten, o bien como un desarrollo formativo y evolutivo, resultado de la interacción con elementos externos y dinámicas internas, histórico en suma, y al que se le ha llamado “etnogénesis”. Esta segunda

* Incluimos una serie de mapas sobre la evolución de la imagen cartográfica de la ecúmene para hacer al lector más comprensible lo aquí expuesto.

línea, más dialéctica, pero más compleja a la hora de delimitar topónimos, etnónimos y territorios, y que asume las limitaciones de los elementos materiales de cara a encontrar definiciones concluyentes desde el punto de vista histórico, es –al parecer– la más admitida en los últimos tiempos¹.

No obstante, y a pesar de los notables avances que huyen de antiguos “esencialismos”, por lo general seguimos asistiendo a la aplicación automática de etnónimos procedentes de las fuentes greco-romanas sobre territorios definidos previamente casi exclusivamente siguiendo parámetros arqueológicos. Esta equivalencia olvida que estamos hablando de dos realidades muy diferentes. El étnico antiguo y el territorio al que se adscribe, además de constituir en la mayoría de los casos una “invención” cultural procedente de un ámbito ajeno al que define, tiene un recorrido propio muy diverso y sometido a distintos intereses político-ideológicos de los autores que los van asumiendo o, a lo sumo, interactúa dialécticamente entre el definidor y lo definido o respondiendo a fenómenos de expansión o hegemonías militares, mientras que el “territorio arqueológico” o la “cultura” que a nosotros nos ha llegado –si es que podemos llegar a definirla con precisión²– se explica por otro tipo de vicisitudes históricas, muchas de ellas de índole económico. No es que manejar ambas categorías sea incompatible, es que superponer sin más los mapas resultantes nos da la mayoría de las veces productos diversos.

Nuestra aportación pretende, simplemente, incitar a la reflexión y contribuir al debate entre historiadores y arqueólogos sobre el uso

de conceptos y términos distintos que pueden o no ser complementarios. Igualmente aportar algunos puntos de vista que, desde los estudios del pensamiento geográfico antiguo, deberían tenerse en cuenta a la hora de manejar etnónimos y topónimos antiguos, en este caso el de Iberia e iberos. Para ello, en primer lugar, incluiremos unas consideraciones muy generales sobre geografía y etnografía antiguas, junto con algunos de nuestros planteamientos metodológicos, sin los que difícilmente se podrían entender las conclusiones. Y, en segundo lugar, analizaremos la evolución de los términos a través del tiempo, puesto que en cada momento y lugar pueden significar cosas bien diferentes, lo cual también –desde una perspectiva puramente histórica– contribuiría a comprender mejor el proceso formativo de tales comunidades. En relación con esto último, también queremos preguntarnos si detrás de todo ello podemos hallar algún tipo de “autoconciencia”, independientemente de que la definición sea propia o aprehendida: no olvidemos que el uso de un nombre encierra algo más que una simple denominación; es en sí mismo un símbolo de identidad.

ALGUNAS CONSIDERACIONES GENERALES SOBRE GEOGRAFÍA Y ETNOGRAFÍA ANTIGUAS

Diría Estrabón (II 1.30 = C 83): «Un territorio tiene límites bien definidos (ἐνπεριόριστον) cuando es posible hacerlo mediante los ríos, las montañas o el mar, o también mediante un pueblo o un conjunto de pueblos, así como cuando se puede definir la extensión y la forma»³. Antes que nada habría

1 Iniciado en un Congreso, editado posteriormente por la Revista *Complutum* nº 2-3, y que constituyó todo un revulsivo en este sentido: M. ALMAGRO-GORBEA & G. RUIZ ZAPATERO, (eds.), *Paleoetnología de la Península Ibérica*, Madrid, 1993.

2 Para sus dificultades y casi imposibilidades *vid.* G. PEREIRA, “Aproximación crítica al estudio de la etnogénesis: la experiencia de Callaecia”, en M. Almagro-Gorbea & G. Ruiz Zapatero, (eds.), *Paleoetnología...*, págs. 35-44.

3 Trad. de J.L. García Ramón. ed. Gredos, Madrid, 1991.

que decir que, en términos generales, el concepto de territorio que manejan las fuentes antiguas no es en absoluto un término administrativo o abstracto, delimitado artificialmente, sino íntimamente asociado a las gentes que lo habitan. Éste se define a partir de los pueblos que lo ocupan, con sus formas de vida y organización política, su cultura, su lengua y sus creencias religiosas y tradiciones. En este sentido, pueblo y territorio son elementos que caminan juntos y cuya evolución está cargada de un profundo sentido histórico: sus características y dimensiones son cambiantes en función de los movimientos de los pueblos o las circunstancias político-militares. El territorio, sin las comunidades que lo ocupan, constituye un paisaje sin contenido; será el étnico el que le de sentido, y no al contrario. Podemos comprender, de esta forma, las dificultades propias de identificar con claridad límites territoriales adscritos a entidades étnicas a partir de las fuentes antiguas, porque –entre otras razones– los elementos de cohesión de dichas entidades van más allá de lo territorial para entrar en lo político-militar, lo cultural o religioso, etc., y no de una manera estática, sino dinámica; podemos entender, desde este planteamiento, los problemas –en muchos casos irresolubles– para establecer identificaciones entre los datos de las fuentes y de la arqueología⁴.

Continuando en esta línea, los autores greco-romanos aún admitiendo que por sí mismos los componentes naturales (morfología; clima; hidrografía, etc.) pueden ser aspectos

que determinan las características de una etnia, piensan que será básicamente su evolución histórica el factor esencial a tener en cuenta en un lugar y momento dados. Evolución que incluye la adaptación de sus elementos intrínsecos a factores naturales y sus modificaciones resultado de los contactos pacíficos o bélicos con otros pueblos y culturas. Por ello, sería una simplificación excesiva hablar únicamente de barbarie cuando estamos tratando de las informaciones que nos transmiten sobre comunidades “primitivas”: los historiadores y geógrafos antiguos, junto a algunas simplificaciones evidentes y el uso en muchos casos de criterios estereotipados previos, son también conscientes de la existencia de procesos evolutivos e interacciones entre los distintos pueblos que habitan en torno al Mediterráneo en función de las diversas circunstancias históricas, y en parte se hacen eco de ello⁵.

Es cierto que en muchas ocasiones las informaciones escritas que conservamos de los pueblos prerromanos –en este caso de los peninsulares– están cargadas de clichés de lo que se entendía por bárbaro o civilizado en ese momento o de lo que convencionalmente se venía entendiendo por parte de la literatura clásica. En general, la visión que nos ha llegado de las fuentes son fotos estáticas y sesgadas de comunidades previsiblemente más complejas; imágenes, además, muy parciales porque tienden a fijarse únicamente en los comportamientos bélicos en el momento de la conquista, o en curiosidades etnográficas o culturales muy

4 Para esta evolución etnia-territorio cargada de historicidad puede verse F. PRONTERA, “Identità etnica, confini e frontiere nel mondo greco”, en *Confini e frontiera nella grecità d'occidente. Atti del trentasettesimo convegno di studi sulla Magna Grecia. (Taranto, 3-6 ottobre 1997)*, Tarento, 1999, págs. 147-166, especialmente punto 2., y queda perfectamente ejemplificado en un trabajo de este autor que, aunque no referido a la Península Ibérica, puede ser todo un ejemplo: “L'Italia nell'ecumene dei Greci”, en *L'idea di Italia. Geografia e storia. Geografia Antiqua*, VIII (1998) 5-14.

5 No tenemos tiempo aquí para extendernos en lo que los antiguos entendían exactamente por *ethnos* o *populus* aplicado a las comunidades prerromanas, peninsulares o no: es un tema que excede a la extensión del trabajo, aunque para algunos autores haremos alguna matización al respecto. *Vid.* para todo ello los imprescindibles trabajos de K.E. MÜLLER, *Geschichte der antiken Ethnographie und ethnologischen Theoriebildung. Von den Abfängen bis auf die byzantinischen Historiographen*, Teil 1., Wiesbaden, 1972; Teil 2., Wiesbaden, 1980 y A. DAUGÉ, *Le Barbare. Recherches sur la conception romaine de la barbarie et la civilisation*, Bruselas, 1981.

determinadas para destacar la alteridad e impresionar al lector. Pero sería demasiado fácil rechazarlas de plano por estos motivos⁶.

Con todo, nosotros actualmente también partimos de un cierto prejuicio a la hora de analizar los datos procedentes del pasado, al colocarnos de manera automática e ideologizada en el lado del perdedor y simplificar en cierta medida fenómenos de choque e interacción entre formaciones sociales diferentes: tendemos a ver la historia únicamente desde la perspectiva del colonizado o conquistado; solemos percibir las sociedades prerromanas como comunidades que no evolucionan en el tiempo y nos dejamos llevar por cierto espíritu esencialista asumido inconscientemente, lo que nos lleva a rechazar a priori el enfoque del “otro” y a considerar como “contaminación” cualquier elemento procedente del exterior. Pero también podemos adoptar una posición más ajustada a la realidad histórica, en la que las relaciones violentas o pacíficas entre sociedades afectan a ambas formaciones sociales, y las consecuencias hay que verlas en el tiempo sin adoptar una posición a priori de aceptación o rechazo de sus resultados. En este sentido, quizás sería más apropiado valorar lo que nos transmiten las fuentes como un producto (simplificado si se quiere) de procesos de interacción de comunidades entre sí y con agentes externos, y que evidencian una situación de los pueblos prerromanos en constante cambio y formación⁷.

Por todo ello, el único punto de vista coherente es analizar la visión que nos transmiten los autores antiguos de manera diacrónica, contextualizándolas en las circunstancias históricas en la que se producen, y no sólo en el ambiente cultural en la que se crean y en el autor que nos la transmite. No obtendremos evidentemente una panorámica completa, por la fragmentación de la propia documentación, pero sí localizada en el tiempo y en un momento muy preciso, como es aquél del fenómeno colonial, del proceso de conquista y resistencia a Roma y de la romanización. Este hecho nos obliga a ver a dichas comunidades en cada momento y lugar, cambiando por tales circunstancias sin dejar de ser también ellas, y no extrapolar sus comportamientos y características ni a los momentos previos ni crear un prototipo aplicable para todo el arco cronológico de su existencia como tales.

Un ejemplo paradigmático y peninsular: ¿son los celtíberos que conocemos por las fuentes el resultado de procesos de hegemonía interna para responder así a la agresión romana o existían previamente?; ¿dejan por ello de ser celtas tras el dominio romano? Pues posiblemente la conquista lo que hizo fue acelerar procesos ya incipientes de expansión militar, y generar un modelo nuevo de relación y dependencia intercomunitaria, hasta el punto de que el término celtíberos tenía sentido entre ellos por lo pronto como elemento de cohesión política y militar, e

6 Debido precisamente a las corrientes difusionistas imperantes durante mucho tiempo en la investigación de los pueblos peninsulares en época protohistórica –siguiendo las huellas dejadas por el inefable Schulten con su *Geografía y etnografía antiguas de la Península Ibérica*, 2 vols., Madrid, 1958-, y que tendían a catalogarlas como bárbaras sin más, se hacía necesario una revisión de las fuentes (principal apoyo de esta barbarización) para entenderlas en la perspectiva cultural en la que fueron elaboradas, y quitarles así la lectura literal y automática que se había hecho hasta ese momento: los trabajos de Caro Baroja, insuficientemente valorados en su día, fueron pioneros, pero también los de J.C. Bermejo para los pueblos del norte (agrupados en sus *Mitología y mitos de la Hispania prerromana*, Madrid, 1982 e *ibid.*, vol. 2, Madrid, 1986), aunque quizás una contextualización excesiva les quita su valor como un documento histórico susceptible de ser usado.

7 Esta perspectiva dialéctica de lo que comúnmente se llama romanización queda plasmada en dos trabajos que, aunque aplicado a los pueblos del norte, pueden servir de referente metodológico: G. PEREIRA, “La formación histórica de los pueblos del norte de Hispania. El caso de *Gallaecia* como paradigma”, *Veleia*, 1 (1984) 271-287; ID., “Cambios estructurales *versus* romanización convencional. La transformación del paisaje político en el norte de Hispania”, en J. González & J. Arce, (eds.), *Estudios sobre la Tabula Siarensis*, Madrid, 1988, págs. 245-258.

incluso quizás también social y económico (lo que es más difícil de demostrar). Lo que nosotros conocemos como pueblos celtibéricos o celtiberización de la meseta norte es un fenómeno autóctono, pero que en todo caso es un fenómeno histórico en el que no está exenta la presión directa o indirecta de Roma como tampoco la evolución de las propias comunidades, que no dejan de existir como tales (aunque evolucionando en otro sentido) después del 208 a.C. e incluso tras las guerras celtíbero lusitanas; y todo ello –con los matices que se quiera– es intuido por la documentación escrita que, por ello, se nos revela muy clarificadora⁸. Este es el punto de vista que vamos a adoptar a la hora de analizar la evolución del término Iberia o de los iberos a partir de las fuentes.

Hay otra serie de aspectos generales relativos a la geografía antigua que hemos de tener muy en cuenta a la hora de, por ejemplo, procurar entender los límites territoriales que plantean la documentación escrita para los diversos pueblos, aparte de lo comentado de que la visión dinámica que por lo general de ellos se transmiten hace que sus “fronteras” sean por lo general muy cambiantes y difusas. La geografía antigua es esencialmente costera, y sólo a partir del período helenístico se van integrando las tierras del interior. El litoral es un componente delimitador fundamental, y los autores encuentran más dificultades para ubicar a las comunidades en unos límites precisos, a medida que se meten hacia tierra adentro, a no ser que posean elementos de referencia claros como las montañas y los ríos, que por otro lado siempre serán muy generales (*vid.* la cita de Estrabón *supra*). Por ello, muchas veces serán otras comunidades el

punto de referencia para su localización, expresado con términos como “junto a”, “al lado de”, “más allá de”, “frente a”, etc., y siguiendo una orientación básicamente itineraria: a la ausencia de una frontera más o menos clara (siendo este concepto bastante conflictivo y difuso en la Antigüedad⁹), se le une lo relativo de este tipo de orientación, puesto que hay que tener muy en cuenta el punto de vista del que está hablando, desde donde lo hace, para sacar conclusiones fiables.

En este sentido, además, hemos de considerar que la cartografía antigua es esencialmente especulativa y relativa, primando su capacidad de visualización armónica de un conjunto de territorios sobre otro tipo de consideraciones. La ausencia de un mapa que acompañe al texto, exige al estudioso un mayor esfuerzo de simplificación y equilibrio para ayudar al lector a hacerse una idea aproximada de unas zonas que, por lo general, no conoce ni conocerá jamás. El uso de imágenes geométricas es muy corriente, y la geometrización del mapa resultante es una constante en la cartografía antigua (como se observa en los mapas adjuntos. *vid. infra*). Si a ello añadimos que las fuentes de las que se dota son de carácter itinerario y de origen muy diverso (comerciantes, militares, etc.), con las dificultades que entraña trasladar a un sistema cartográfico datos de este tipo, podemos entender el resultado siempre aproximado de los mapas y las localizaciones al uso¹⁰. Lo que es un craso error es proyectar nuestra cartografía sobre el mapa antiguo que los autores tienen en la cabeza, que está pensado, construido y reflejado a partir de parámetros radicalmente diferentes. Pero más importante es ver que las intenciones de historiadores y geógrafos no

8 Para ello ver el trabajo de síntesis de P. CIPRÉS, “Celtiberia: la creación geográfica de un espacio occidental”, *Ktèma*, 18 (1993) 259-289.

9 *Vid.* G. DAVERIO ROCCHI, *Frontiera e confini nella Grecia antica*, Roma, 1988 y especialmente los capítulos V-VII.

10 Para todo lo relativo a la cartografía antigua *vid.* P. JANNI, *La Mappa e il Periplo. Cartografia antica e spazio odologico*, Roma, 1984 y F. PRONTERA, “Sulle basi empiriche della cartografia greca”, *Sileno*, XXIII 1-2 (1997) 49-63.

son la precisión cartográfica o etnográfica de territorios y pueblos, sino simplemente su ubicación aproximada, siendo más trascendental el estudio de sus formas de organización y de vida (cuando estos temas interesan, que no siempre) para comprender los procesos de contacto o de conquista y asimilación¹¹.

Una última cuestión, no menos esencial, es que la geografía antigua se mueve siempre entre la tradición y la renovación, como por otro lado ocurre en todos los géneros literarios. Es precisamente su consideración –no sin dificultades– como género literario, que no científico como lo entenderíamos nosotros ahora, lo que hace que sus criterios de veracidad estén muchas veces más apoyados en el principio de autoridad de la tradición aceptada como válida o en cuestiones de estilo, verosimilitud o racionalidad, que en el rigor del conocimiento autóptico o del contraste de las fuentes¹². A ello debemos añadir que las zonas arrastran sus particulares estereotipos, asociados en muchos casos a tradiciones míticas, de los que con dificultad pueden desprenderse los autores a pesar del avance real de los conocimientos: el debate en época helenística sobre si Homero era o no el primer geógrafo y los constantes intentos de identificación de la geografía homérica a lo largo de las costas mediterráneas es un buen ejemplo¹³. En el caso hispano, estas tierras

nunca pudieron dejar de ser consideradas en el fondo “zona liminal” o de frontera de la ecúmene, lo que también influirá en la valoración de sus pueblos en época histórica¹⁴. La dialéctica tradición/renovación está siempre presente, como bien queda patente en el Libro III de la Geografía estraboniana, en la que se nos presenta no una Hispania del presente, ni incluso una Iberia de la romanización, sino una Iberia en cierto sentido atemporal, rescatada del mito, que entra en la historia con el concurso de Roma y que la dota de un nuevo sentido histórico no mítico¹⁵.

Hechas estas consideraciones, por fuerza breves, pero que pretenden demostrar los parámetros con los que nos tenemos que mover a la hora de valorar informaciones de carácter etnográfico y geográfico relativas a las comunidades prerromanas, y que iremos aplicando en cada caso, vamos a entrar de lleno en el contenido del trabajo. Obviamente, por la extensión del tema, el acercamiento no tiene por menos que ser general, escapándose detalles y autores que para algunos podrían ser esenciales. Con todo ofrecemos un marco de análisis, sometido evidentemente a discusión posterior, dividido en dos grandes bloques: un primero sería la imagen de Iberia antes de la llegada de Roma; un segundo la percepción de los pueblos peninsulares, y en concreto de los comúnmente llamados iberos,

11 ID., “La Geografia dei greci fra natura e storia: note e ipotesi de lavoro”, en P. Janni & E. Lanzillotta, (eds.), *GEOGRAFIA. Atti del Secondo Convegno Maceratese su Geografia e Cartografia antica. (Macerata, 16-17 aprile 1985)*, Macerata, 1988, págs. 201-222.

12 ID., “Prima di Strabone: materiali per uno studio della Geografia antica come genere letterario”, en F. Prontera, (ed.), *Strabone. Contributi allo studio della personalità e dell'opera*, vol. I, Perugia, 1984, págs. 189-259; Ch. JACOB & G. MANGANI, “Nuove prospettive metodologiche per lo studio della Geografia del mondo antico”, *QS*, XI.21 (1985) 37-76.

13 F. PRONTERA, “Sull'esegesi ellenistica della geografia omerica”, en G.W. Most, H. Petersmann & A.M. Ritter, (eds.), *PHILANTROPIA KAI EUSEBELA. Fest. für A. Dihle zum 70. Geburtstag*, Göttingen, 1993, págs. 387-397.

14 ID., “L'Estremo Occidente nella concezione geografica dei Greci”, en *La Magna Grecia e il lontano Occidente. Atti del ventinovesimo convegno di studi sulla Magna Grecia. (Taranto, 6-11 ottobre 1989)*, Tarento, 1990, págs. 55-82, y más en extenso: F.J. GÓMEZ ESPELOSÍN, A. PÉREZ LARGACHA & M. VALLEJO GIRVÉS, *La imagen de España en la Antigüedad clásica*, Madrid, 1995.

15 En general consúltense los diversos trabajos en G. CRUZ ANDREOTTI (coord.), *Estrabón e Iberia. Nuevas perspectivas de estudio*, Málaga, 1999.

en el largo proceso de conquista y cuando la mal llamada romanización empieza a ser efectiva.

LA IBERIA ANTERIOR A LA CONQUISTA

Hay un párrafo de Estrabón que, visto en su totalidad y desde la perspectiva anunciada, no tiene desperdicio:

«Así pues, como dijimos, algunos afirman que este país [Celtiberia] se divide en cuatro partes, mientras que otros dicen que en cinco. Pero es imposible en este caso dar razón de ello con exactitud debido a las transformaciones y la oscuridad de los lugares. Pues en los lugares famosos y célebres son conocidas tanto las migraciones como la distribución del territorio, así como los cambios de nombre y cualquier cosa de este tipo, por ser tratada por muchos autores y principalmente por los griegos, que son los más prolijos de todos. Pero sobre todas las regiones bárbaras, apartadas, pequeñas y subdivididas, las noticias que hay no son ni seguras ni abundantes, por que en todo lo que queda alejado de los griegos aumenta el desconocimiento. Los historiadores romanos imitan a los griegos, pero no llevan muy lejos su imitación, pues lo que dicen lo traducen de los griegos sin aportar de sí una gran avidez de conocimientos, de forma que, cada vez que hay un vacío de información por parte de aquéllos, no es mucho lo que completan los otros, y ocurre esto especialmente en la cuestión de los nombres más conocidos, que son griegos en su mayoría. Por ejemplo: toda la región de más allá del Ródano y del istmo configurado por los gol-

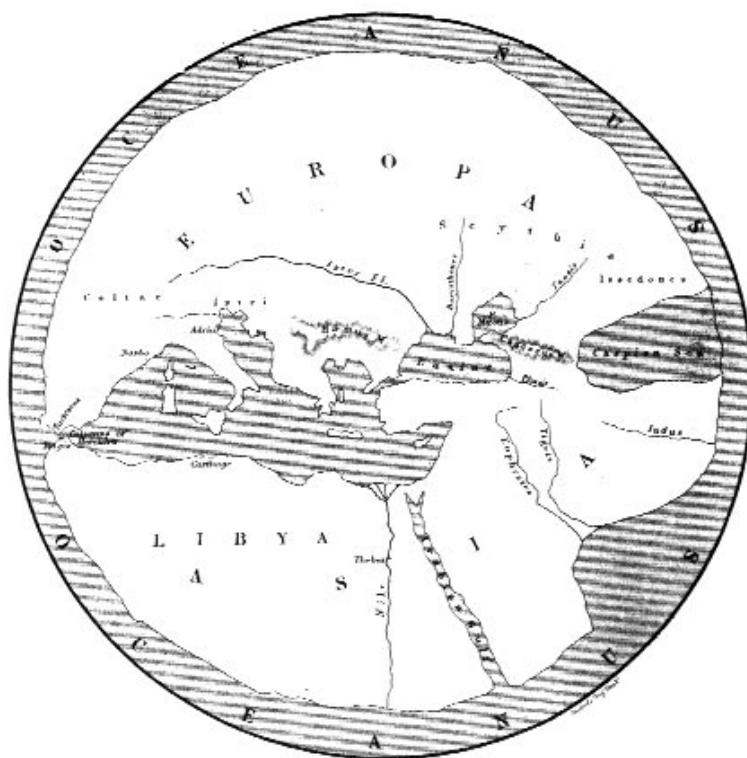
fos galáticos fue denominada Iberia por los autores antiguos, y en cambio los contemporáneos le señalan como límite el Pirene y dicen que Iberia e Hispania son sinónimos; otros daban ese nombre de Hispania sólo a la región de más acá del Íber. Y otros aún anteriores llamaron a estos mismos igletes, que no ocupaban un gran territorio, según dice Asclepiades de Mirlea. Los romanos por su parte, llamando indistintamente Iberia o Hispania a todo el territorio, dieron a una parte la denominación de Citerior y a la otra la de Ulterior; pero a veces se sirven de otra división, adaptando su política a las circunstancias» (STR., III 4.19 = C 165 y 166)¹⁶.

El texto nos viene a indicar, por un lado, cuáles son los elementos que, para un griego, definen un territorio: circunstancias históricas diversas implican cambios en su extensión y / o denominación; es decir, no es un proceso en absoluto estático, y así es como debemos observar las informaciones heredadas. De ahí, por tanto, y más para las regiones bárbaras, que las denominaciones y los límites sean evidentemente cambiantes, de lo que no está libre Iberia/Hispania: hasta los mismos romanos, con toda la península conquistada, se sirven de distintas divisiones según las circunstancias (¿conventual?, ¿étnica?, ¿urbana?¹⁷). Estrabón, por tanto, da con la clave del asunto pero, a la vez, aporta la solución: el problema es substancialmente histórico, y no exclusivamente geográfico.

A partir de aquí, y por nuestra parte, nosotros vamos a intentar matizar varios trabajos que, en su momento pioneros y con una importante vigencia todavía, se han suce-

16 Trad. de M^a José Meana. ed. Gredos, Madrid, 1992.

17 Desde el trabajo de M.D. DOPICO, "Los *conventus iuridici*. Origen, cronología y naturaleza histórica", *Gerión*, 4 (1986) 265 y ss., se asume el adelanto de la cronología de los *conventus iuridici* como divisiones jurídico-territoriales al año 1 de nuestra era, a partir de prácticas republicanas. Si esta alusión de Estrabón hace referencia a ello no está claro, dado el "desinterés" de nuestro geógrafo por los temas administrativos, pero es una posibilidad.

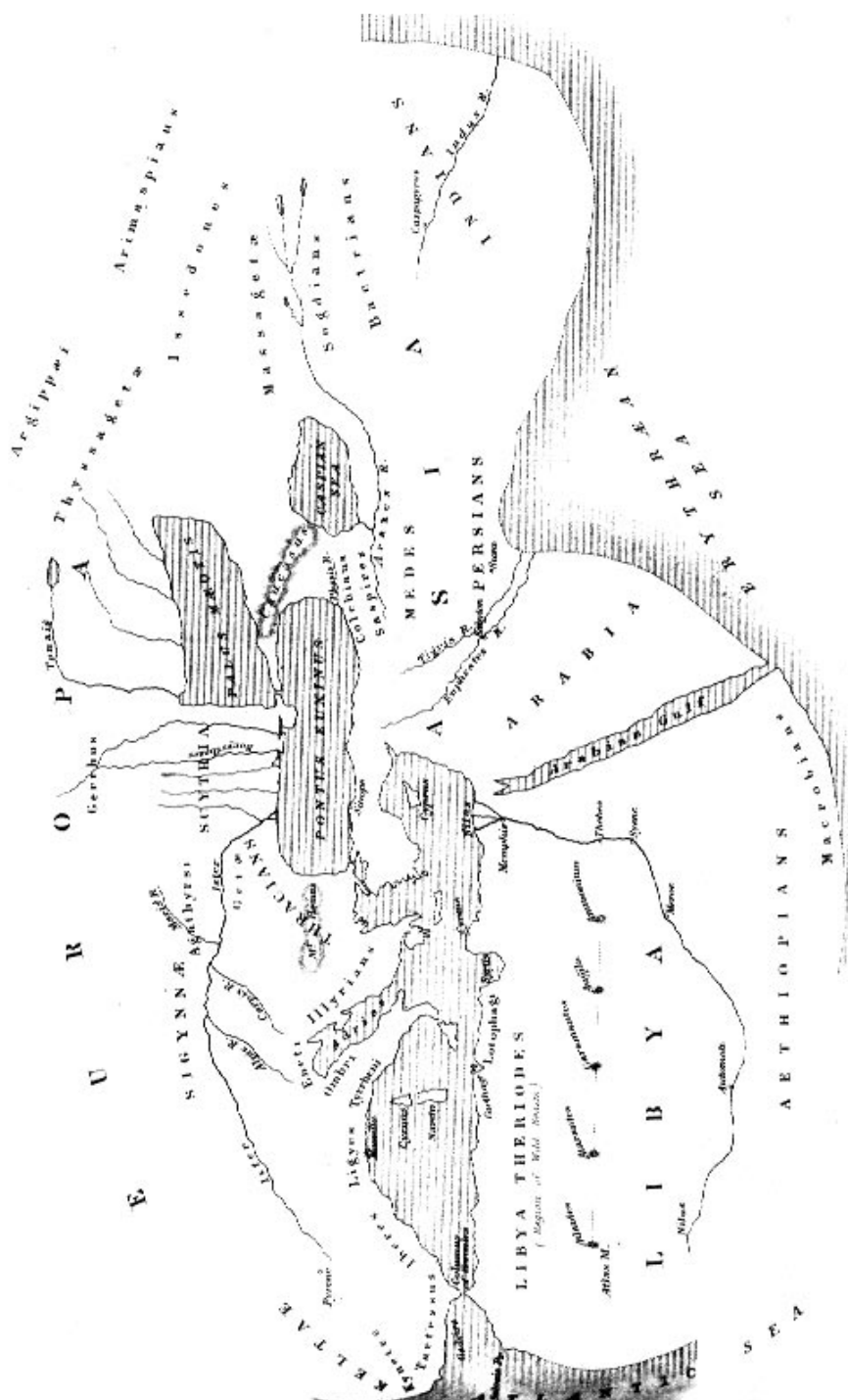


El mundo según Hecateo (en E.H. Bunbury, *A History of Ancient Geography*, Londres, 1979, pág. 148)

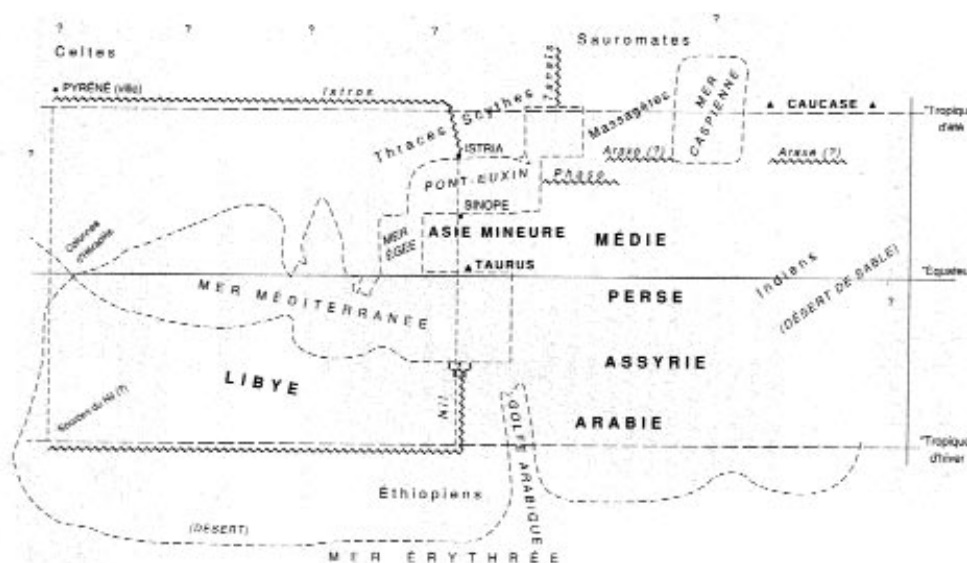
dido sobre este tema en los últimos años¹⁸. En resumen, Domínguez Monedero plantea que el término Iberia/iberos es un concepto exclusivamente heleno y únicamente geográfico, heredero de una equiparación simultánea de la Iberia de la Cólquide con la hispana a partir de analogías mítico-geográficas, inmediatamente evemerizadas hacia una definición muy amplia de iberos como “pueblos de la Iberia occidental”. Por otro lado, Jacob pretende demostrar básicamente a partir de las mismas fuentes (aunque con el añadido del análisis etimológico) que el término es un étnico derivado de un hidrónimo de origen autóctono (**Iber*: río o zona húmeda) y asu-

mido por los griegos –tesis ya apuntada por P. Bosch Gimpera. También difieren en el ámbito originario de aplicación y en su proceso de expansión: para el primero desde el SO y/o el entorno de las Columnas hasta cubrir en los momentos de la Segunda Guerra Púnica la totalidad de la costa mediterránea; para el segundo un primario origen poligénico entre los siglos VI-V a.C. (debido a la existencia de distintos ríos *Iberi* coexistiendo: Tinto, Betis o Júcar) aunque centrado a partir de los siglos V-IV a.C. en torno al río Júcar, uno de los *Iber* originarios; no obstante este último reconoce que –en paralelo– existe una Iberia *lato sensu* en algunos pasajes

18 El primero de A.J. DOMÍNGUEZ MONEDERO, “Los términos Iberia e iberos en las fuentes greco latinas: estudio acerca de su origen y ámbito de aplicación”, *Lucentum*, II (1983) 203-222; y las “respuestas” de P. JACOB, “Le rôle de la ville dans la formation des peuples ibères”, *MCV*, XXI (1985) 19-56; ID., “L’Ebre de Jérôme Carcopino”, *Gerión*, 6 (1988) 187-221, además de la síntesis reciente de P. MORET, *Les fortifications ibériques. De la fin de l’âge du bronze à la conquête romaine*, Madrid, 1996, en la que aborda también el tema.



La ecúmene herodotea (en E.H. Bunbury, *A History of Ancient Geography*, Londres, 1879, pág. 172)



Modelo esquemático de la ecúmene manejado realmente por Heródoto (según Ch. Jacob, *Géographie et ethnographie en Grèce ancienne*, Paris, 1991, pág. 50)

de Avieno y Pseudo Escilax. Las diferencias son, básicamente, sobre la categoría que le queramos dar al término: un genérico importado para Domínguez Monedero, sin más implicaciones que las de su lógica expansión; o un étnico para Jacob, posiblemente originario de los Igletes que, por la propia importancia de éstos, termina identificándose con los iberos, siguiendo la referencia estraboniana citando a Asclepiades de Mirlea (*vid. STR. cit. supra*).

Aunque en ambos casos reconocen el carácter histórico del término, quizás el equívoco está en centrarse en el origen sin profundizar realmente en el significado que, a pesar de lo fragmentario de las fuentes, está desde nuestro punto de vista bastante claro. Reconozcamos, en primer lugar, que la hipótesis de Domínguez Monedero sobre las dos

Iberias a partir de la equiparación en clave mítica de las andanzas de Heracles o los Argonautas por las fronteras de la ecúmene, la riqueza aurífera de sus suelos (convenientemente exagerada) o de grandes corrientes fluviales en uno u otro lugar, es bastante sugerente y entra dentro de los procesos de literaturización de unos límites que comparten, a partir de la circularidad del Océano, los mismos caracteres mítico-cualitativos opuestos al centro olímpico y ordenado. Todo ello convenientemente mezclado con los relatos de marineros y navegantes que, por las fechas de los siglos VIII-VII, aún llegan de manera esporádica a ambas costas: los casos de Tartessos o Gades apareciendo en relatos de tipo mítico son bastante elocuentes de fenómenos de este tipo¹⁹. Ello, por lo demás, no entra en contradicción con lo mantenido por Jacob

19 Para las percepciones cualitativas del espacio mítico y su persistencia en el geográfico sigue siendo fundamental el trabajo de P. JANNI, "Il mondo della qualità. Appunti per un capitolo di storia del pensiero geografico", *Annali dell'Istituto Orientale di Napoli*, 33 (1973) 445-500. Añadir, entre otros, el ya clásico estudio de A. BALLABRIGA, *Le Soleil et le Tartare. L'image mythique du monde en Grèce archaïque*, París, 1986, y, aplicado a la Península Ibérica, nuestra tesis *Tartessos como problema historiográfico: el espacio mítico y geográfico del Occidente mediterráneo en las fuentes arcaicas y clásicas griegas*, Diss. Microf., Málaga, 1991. La evolución de la concepción geográfica del occidente desde las primeras navegaciones hasta época helenístico-romana está muy bien sintetizada en PRONTERA, "L'Estremo Occidente nella concezione geografica dei Greci...", págs. 55-82.

sobre un hidrónimo indígena hispano transcrito como *Iber* por los griegos, puesto que la geografía mítica no conoce de limitaciones geográficas: ante similares situaciones, iguales denominaciones, de ahí la constante traslación de mitos.

El hecho de que el conjunto de las fuentes, por otro lado muy fragmentarias y de ambiente literario muy distinto, no se pongan de acuerdo en la fijación territorial del término Iberia/iberos es síntoma de su carácter general y, evidentemente, sin ninguna adscripción étnica de principio: tanto Hecateo (entre finales del siglo VI y comienzos del V a.C.) como Herodoro (finales del siglo V a.C.) coinciden en denominarlo explícita o implícitamente como *génos*, término con un significado muy amplio que podríamos traducirlo como “pueblo”, dentro del que se incluyen una serie de *pòleis* y *ethne* (frgs. 45, 46, 47, 49, 50 y 52 Jacoby, para Hecateo y frg. 2a Jacoby para Herodoro). El mismo Heródoto (I 163) poco antes de Herodoro y cuando nos está hablando del descubrimiento focense de occidente, diferencia claramente –y siguiendo la dirección de las agujas del reloj– Tartesos de Iberia, cosa que ya Herodoro no hace, al incluir a los tartesios como un pueblo ibérico. Lo mismo podríamos decir de Avieno, aún admitiendo con dificultad el carácter arcaico de su información y la hipótesis schulteniana de un periplo originario del siglo VI, con lo que no todo el mundo está de acuerdo²⁰: el río *Hiberus* (Tinto) le da el nombre a

los *Hiberos*, a los que le siguen tartesios y cilibicenos (o cempsios) (*Ora.* vv. 249-53; *Des.* vv. 477-82)²¹. Pseudo Escilax (*Per.* 2 y 3 Müller = *THA* II B, 61 b-c), ya en el siglo IV a.C., nos habla de una Iberia/iberos mediterráneos desde las Columnas hasta los Pirineos, y de éstos hasta el Ródano mezclado con los ligures. Por el contrario, y dentro de una concepción bastante arcaica de los límites occidentales de la ecúmene, Pseudo Escimno (*Orb.Des.*, vv. 198-200 Müller = *THA* II B, 81), un autor del siglo II a.C., y continuando las tendencias apuntadas, habla de unos iberos que siguiendo a los tartesios se ubicarían en el levante, al igual que Asclepiades de Mirlea (un autor del siglo I a.C.) (*STR.*, *cit. supra*)²². Por cierto, si en algo coinciden el conjunto de fuentes citadas –Hecateo y Heródoto incluidos a pesar de sus deseos de racionalización– es que todas las noticias están contextualizadas en el entorno de unas obras donde se establece para el extremo occidente una continuidad entre las hazañas de Heracles, la ordenación e integración de la zona por el héroe argivo en el entorno mediterráneo y la descripción resultante de la sucesión costera de sus pueblos y etnias: la geografía occidental nace desde el principio como una geografía ecuménica, en absoluto local.

Para muchos sería Éforo, un autor notabilísimo de una *Historia Universal* de la primera mitad del siglo IV a.C., la clave para la transición entre las épocas arcaica y clásica y la helenística dada la trascendencia del historia-

20 *Contra* el análisis y el método seguido por Schulten está F.J. GONZÁLEZ PONCE, *Avieno y el Periplo*, Sevilla, 1995. Recientemente “rehabilitado” este autor con bastante más fundamento que el modelo “estratigráfico” de Schulten por J. ALVAR, “Avieno, los fenicios y el Atlántico”, *Kolaios*, 4 (1995) 21-37, que defiende una(s) fuente(s) fenicia(s) –que no griega- originaria(s), por lo menos para las informaciones sobre el litoral atlántico.

21 Ed. de Avieno de los *Testimonia Hiapaniae Antiquae*, J. Mangas y D. Plácido, eds. = *THA* I. Para que se vea la dificultad en el manejo de esta fuente, éstas son las únicas menciones avianeas a una Iberia *stricto sensu*, mientras que el resto o lo es al conjunto de la costa mediterránea –quizás desde el Júcar– hasta los Pirineos (*Ora.* vv. 470-475 en *THA* I), o es a la península en general (*Des.* vv. 414-21; vv. 474-75 en *THA* I).

22 Un ejemplo de esta confusión y mezcla de todo un conjunto de tradiciones y fuentes lo constituye Eustacio, un comentarista bizantino del siglo XII d.C. de Dionisio Periegeta, en el que en un mismo fragmento tenemos unos iberos que ocupan la totalidad peninsular frente una Iberia “más acá” del Iber-Ebro, es decir mediterránea (*Comm. Dion.Perieg.* 281 Müller = *THA* II B, 146), además de un conjunto de reflexiones sobre el origen de Iberia por la unión de Celta e Ibero.

dor de Cime. Para el caso de la Península Ibérica se lo considera fundamental ya sea en la definitiva canonización de los mitos occidentales debidamente evemerizados, en la continuidad de Tartesos como una realidad autónoma, en la inclusión en el proceso histórico del fenómeno colonial griego y feno-púnico, o la extensión hacia el interior de los celtas –hasta ahora prácticamente desconocidos y excluidos al extremo occidente²³. Lo que conservamos explícitamente de los iberos los extiende por toda la costa mediterránea como dominadores de la misma con una gran *pòlis*, aunque previsiblemente las informaciones de tipo etnográfico serían más abundantes²⁴.

Finalmente, de lo conservado de Timeo, continuador de Éforo en la línea de las Historias Universales de la segunda mitad del siglo IV a.C., poco nos puede ayudar en el tema por su parquedad. No obstante las escasas menciones previsiblemente se refieren a una Iberia costera mediterránea, es decir, esa Iberia *lato sensu* que por estas fechas ya se iría imponiendo (en DIOD., V 16, 17 y 18 a propósito de la descripción de las Baleares)²⁵ y que heredarán, entre otros, Polibio. Es cierto

que Timeo integra definitivamente al extremo occidente a ojos griegos en el “circuito histórico” romano-masaliota, en el contexto del enfrentamiento con los púnicos²⁶, evemerizando convenientemente el conjunto de mitos hercúleos, incluyendo a fenicios y púnicos en las dinámicas históricas del inmediato pasado y que, por ello, recogería también todo un conjunto de historias más o menos asociadas a los territorios costeros ibéricos, entre lo que cabría también incluir noticias de carácter etnográfico: su extensa descripción de las Baleares, en la que se mezcla mito y etnografía, así como la feroz crítica de Polibio –que se considera el verdadero descubridor de las características reales de las tierras peninsulares– puede ser un argumento convincente²⁷.

Parece claro, en consecuencia, que siendo originariamente Iberia/iberos un hidrónimo que produce un étnico, ambos son términos lo suficientemente amplios para servir al conjunto de fuentes para un fin que constituye una constante en la geografía e historiografía antiguas, como ya apuntamos: ante territorios enormemente fragmentados y en ausencia de instituciones políticas complejas reconocibles

23 Recuérdese, por ejemplo, la polémica que mantiene Estrabón con él y Artemidoro sobre la existencia o no de un templo de Heracles en el extremo occidente, en el Cabo Sagrado (STR., III 1.4 = C 138). Este sería el tipo de información que recogería nuestro autor.

24 E. DOPP, *Die geographischen Studien des Ephorus*, vol. I, Rostock, 1900, pág. 13; J. FORDERER, *Ephorus und Strabon*, Diss., Tübingen, 1913, págs. 2-10, J. MORR, *Die Quellen von Strabon dritten Buch*, Leipzig, 1926 y J.M^a CANDAU, “El concepto de Historia Universal en Éforo y Polibio”, en *Actas del VIº Congreso español de Estudios Clásicos*, vol. II, Madrid, 1983, págs. 328-29, que destacan como nuestro autor distribuye la información según un estilo periegético siguiendo áreas geográficas, indagando en cada una de ellas desde sus orígenes hasta el presente. Contra J.M. ALONSO NÚÑEZ, “Notices d’Ephore de Kymê sur la Péninsule Ibérique”, *AntCl*, 64 (1995) 197-98, que, minusvalorando su importancia, considera de única paternidad efoea los fragmentos célticos. Para el conjunto de referencias a Éforo *vid. THA* II B, 63. Para todo lo dicho hasta ahora nos remitimos a nuestro trabajo, realizado con la colega P. Ciprés, “El diseño de un espacio político: el ejemplo de la Península Ibérica”, en A. Pérez Jiménez & G. Cruz Andreotti, (eds.), *Los Límites de la Tierra: El Espacio Geográfico en las Culturas Mediterráneas*, Madrid, 1997, págs. 116-133.

25 Ed. de J. GEFCKEN, *Timaios’ Geographie des Westens*, Berlín, 1892, págs. 154-7. No entramos en el tema de si los textos paradoxográficos conservados en el corpus llamado comúnmente *Mirabilia* proceden de Timeo, puesto que, por otro lado, no cambia substancialmente lo dicho (contra dicha atribución: A. GIANNINI, *Paradoxographorum Graecorum*, Milán, 1965). Una recopilación en: J.M. ALONSO NÚÑEZ, “La vision de la Péninsule Ibérique chez les géographes et les historiens de l’époque hellénistique. (Études sur Timée de Tauroménium et Eratosthène de Cyrène)”, *Sacris Erudiri. Jaarboek voor Godsdienswetenschappen*, 31 (1989-90) 1-4.

26 *Vid.* GEFCKEN, *Timaios’ Geographie des Westens...*, pág. 177; A. MOMIGLIANO, “Atenas en el siglo III a.c. y el descubrimiento de Roma en las historias de Timeo de Tauromenio”, en *La Historiografía Griega*, Barcelona, 1984, especialmente págs. 211-6. (=RSI, 71, 4 (1959) 529-556).

27 Una síntesis sobre Timeo y la Península Ibérica en nuestro “El diseño de un espacio político: el ejemplo de la Península Ibérica”, págs. 133-37.

e identificables, se necesitan unidades político-territoriales más amplias que los definan y agrupen, configurando un espacio político propio: de ahí la aparente confusión de las fuentes, que el texto de Estrabón en realidad nos aclara²⁸. Ese es el papel que cumple la Iberia/iberos desde Hecateo en adelante. Como también, por poner un ejemplo que no atañe directamente a nuestro tema, es la función que cumplirá Tartesos que, partiendo de un hidrónimo en un contexto mítico (Estesícoro), termina definiéndose como una monarquía filohelena (Heródoto), es decir un espacio político reconocible por un griego²⁹. Por el carácter fragmentario de la información no podemos precisar si este proceso es artificial y creado por los griegos o está fundado en algún mecanismo de cohesión y articulación internas de las comunidades del litoral, que las fuentes captan, y que quizás –como a posteriori– podría tener un carácter fuertemente militar y responder a fenómenos de hegemonías interétnicas. De hecho, tanto desde el punto de vista territorial como poblacional ambas menciones están casi siempre asociadas a unidades étnicas o territoriales más pequeñas o menores. Hecateo es el más preciso, deduciéndose de sus fragmentos la agrupación en torno a tres grandes “unidades políti-

co-territoriales” (tartesios, mastienos e iberos) de “grupos étnicos” y de “ciudades”, pero la recopilación enciclopédica bizantina es tan escueta y problemática que no nos permite conjeturar más³⁰.

LA IBERIA DE LA CONQUISTA Y LA ROMANIZACIÓN

Ya en el siglo III a.C. el carácter peninsular de Iberia es plenamente conocido. El viaje de Píteas, un “científico-aventurero”, desde Massalia hasta –previsiblemente– las Islas Británicas supuso un avance definitivo³¹, conocido por el gran geógrafo helenístico Eratóstenes, que se sirve de él para diseñar la parrilla meridianos y paralelos de la esfráguide occidental³². No obstante, tales descubrimientos se mantienen en un ámbito muy restringido de eruditos, puesto que evidentemente la difusión y popularización de Iberia la realizan los historiadores de la conquista y la romanización. Evidentemente es imposible tratar con cierta exhaustividad todas las fuentes. Por ello vamos a centrarnos en dos autores paradigmáticos: Polibio y Estrabón. Las razones van más allá de cuestiones de espacio: el primero es un autor prácticamente contemporáneo al proceso de conquista, y muy cercano a

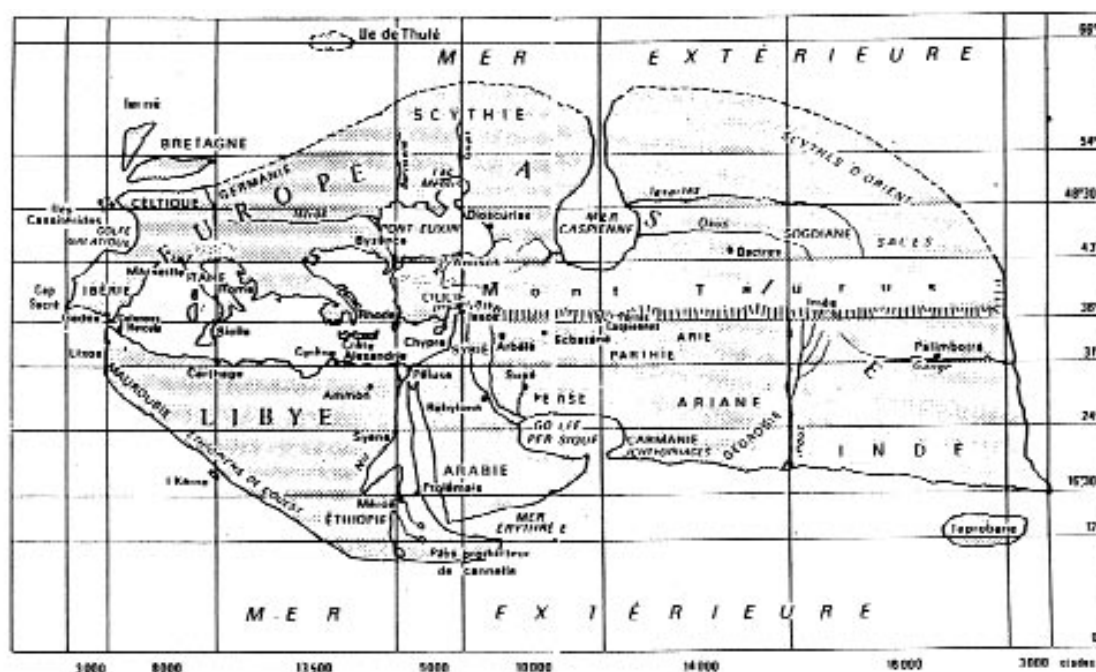
28 *Ibid.*, págs. 121-22.

29 *Vid.* nuestro “La Península Ibérica en los límites de la *ecúmene*: el caso de *Tartesos*”, *Polis*, 7 (1995) 39-75.

30 Hay que hacer notar que más allá de ello no tenemos constancia de ningún análisis pormenorizado del “carácter” de lo ibero, aparte de los tópicos de belicosidad que ya recogerían Tucídides (VI.90.3: los iberos *μαχιμωπατους* y Aristóteles (*Polít.* 7.1324b: *ἔθνος πολεμικόν*); igualmente hemos de considerar que detrás de algunas expresiones de las fuentes tenemos la reproducción de sus propios conceptos, como es el uso de términos como “ciudad”, muy abundante en los fragmentos comentados (ya lo destacó con agudeza J. de HOZ, “Las fuentes escritas sobre Tartessos”, en M.E. Aubet, (coord.), *Tartessos. Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir*, Sabadell, 1989, págs. 25-46). El problema se hace más complejo cuando la transmisión es tan tardía, y el propio epitomizador simplifica en escuetas definiciones realidades que la fuente originaria expondría de manera más prolija (*vid.* D. WHITEHEAD, “Site-Classification and Reliability in Stephanus of Byzantium”, en ID., (ed.), *From Political Architecture to Stephanus Byzantium. Sources for the Ancient Greek Polis*, Stuttgart, 1994, págs. 99-124). Para todo este conjunto de cuestiones sobre las “identidades” étnicas y “políticas” y los papeles que pueden jugar en cada momento es muy útil PRONTERA, “Identità etnica, confini e frontiere nel mondo greco” *cit.* En general, para el mantenimiento a pesar de todo de una imagen idealizada y fragmentada de Iberia, centrada en el ámbito de las Columnas, hasta la llegada de Roma *vid.* F.J. GÓMEZ ESPELOSÍN, “Iberia as a Barbarian Land: Perception of a Cultural Stereotype”, *The Ancient World. Exploration and Colonization in the Ancient World*, XXIV.2 (1993) 131-141, especialmente págs. 131-135.

31 Recientemente S. BIANCHETTI, *Pitea di Massalia. L'Oceano. Introduzione, testo, traduzione e commento*, Pisa-Roma, 1998.

32 Sigue siendo útil A. THALAMAS, *La géographie d'Eratosthène*, Paris, 1921.



El mundo habitado según Eratóstenes (en G. Aujac, *La Geografía nel Mondo Antico*, Nápoles, 1984)

la realidad indígena que describe, además de ser una fuente básica para los autores posteriores (en especial para Livio, aunque también para Estrabón); el segundo nos ofrece una visión de la geografía y la etnografía peninsular cuando ya Roma está plenamente implantada y en muchas zonas se empieza a notar de manera efectiva su presencia más allá de lo militar, además de ser la primera síntesis intencionada de nuestra realidad geográfica recogiendo las fuentes anteriores. Son, de alguna manera, dos visiones diferentes –inicial y final– de un proceso de más de dos siglos.

Polibio³³ escribió a mediados del siglo II a.C. unas *Historias* que pretenden explicar el proceso de surgimiento de Roma como potencia mediterránea como el acontecimiento histórico de mayor magnitud hasta el presente, incluyendo la gesta de Alejandro. Sintiendo continuador de la “historia pragmática” de Tucídides, tiene necesaria-

mente que polemizar con ese tipo de historia tan de moda en ambientes greco-helenísticos donde se mezclan hechos históricos con todo tipo de curiosidades de carácter mítico, geográfico, etnográfico o paradoxográfico asociadas a los territorios para concitar el interés del público, y que para él tiene en Timeo su principal representante: la llamada “historia trágica”. Su Historia es, por ello, un alegato metodológico de recuperación de la historia de corte político-militar que atienda a las causas profundas o inmediatas del suceder histórico, sin que otros elementos deban distorsionar este propósito. En este sentido, y siguiendo a Éforo, considera que también la geografía puede ser un aspecto determinante para explicar no sólo cuestiones de estrategia militar, sino también para ubicar a una escala mayor sucesos que interconectados por la lógica histórica exceden de lo local para alcanzar un carácter ecuménico (IX 2.5-6; III 36 a

33 Siempre que no se especifique el autor las citas entre paréntesis pertenecen a Polibio.

38). Por ello, conoce y atiende los avances que se están produciendo en el entorno de la llamada “geografía matemática”, aunque evidentemente siempre subordinado a su relato e intereses historiográficos³⁴.

Obviamente Iberia tiene que ocupar un lugar esencial en su obra, porque fue aquí uno de los escenarios donde se derrotó a Cartago y, a la vez, se inició la expansión ultramarina de Roma, es decir, la construcción del Imperio. La primera información más pormenorizada de los pueblos y comunidades que la habitan procede del Megalopolitano, entre otras razones porque –como es conocido– los pueblos ibéricos participaron activamente en uno u otro bando en pugna. Una información, por otro lado, previsiblemente bastante fidedigna y muy cercana a los hechos, ya que Polibio acompañó a Lúculo en la campaña numantina y se movió al servicio del grupo de los escipiones. Pero sobre todo es una visión en un momento de cambio, cuando la presencia romana es tan reciente que no ha transformado radicalmente la situación de las comunidades con las que toma contacto.

Desde el punto de vista estrictamente geográfico, que es el que aquí nos interesa, nuestro autor aplica al final de su obra el término Iberia a la totalidad de la península, y no sólo a la fachada mediterránea: aquélla consti-

tuye una de las penínsulas de Europa (XXXIV 7.12; 8.4). Esto puede parecer paradójico cuando en el libro tercero (37.10) afirma que como tal únicamente se puede hablar de la zona costera desde las Columnas hasta los Pirineos –asumiendo definitivamente la concepción *lato sensu* de la que hablábamos–, es decir la dominada por los cartagineses (III 39.4)³⁵, ya que el interior está habitado por un sinfín de tribus bárbaras y “aún no tiene nombre” (III 36.11). Dejando a un lado los problemas de redacción, aunque es muy posible que las partes hispanas fueran revisadas al final –tras su viaje a la península–³⁶, la explicación de tal aporía es claramente histórica: en el Libro III está hablando en el contexto de la llegada de Roma y de los ámbitos de dominio cartaginés en los comienzos de la guerra de Aníbal en la península, que se limita prácticamente a la fachada mediterránea; por el contrario en el Libro XXXIV la noción de Iberia se ha extendido a la par que los ejércitos romanos por el interior meseteño. Evidentemente, y como ya apuntaba el texto estraboniano citado, los territorios adquieren un nombre y una dimensión en la medida que se integran en circuitos históricos más amplios, en este caso cuando Roma los descubre y conquista: la plasmación de la peninsularidad como dijimos es ante todo un problema histórico antes que geográfico³⁷. Hay razones de

34 Para Polibio nos remitimos a las dos monografías más conocidas, y aún muy útiles: P. PÉDECH, *La méthode historique de Polybe*, París, 1964 y F.W. WALBANK, *Polybius*, Berkeley-Los Ángeles-Londres, 1972 [1990]. Para la “imagen cartográfica” véanse los mapas de Eratóstenes y Estrabón aportados, y que *mutatis mutandi* corresponden al polibiano.

35 MORET, *Les fortifications ibériques...*, pág. 15 piensa que aquí tenemos la primera mención a una “Iberia peninsular” a partir de la expresión (ἄπας ἰβερίας); nosotros pensamos que el contexto indica, por el contrario, que esa totalidad es la referida al dominio cartaginés.

36 Es común opinión de que el Libro III, en sus aspectos geográficos referidos a Iberia, haya sido revisado tras los viajes de Polibio a la Península y de la redacción del Libro XXXIV; eso explica que sea en el mismo Libro III cuando reenvíe al lector a un Libro posterior para hablar con más detalle de los asuntos hispanos no directamente relacionados con el momento narrado (III 57.1-6). Las divergencias están en el momento de la redacción de la geografía peninsular, y que la referencia a las “exploraciones recientes” no se refiere tanto al resultado de las guerras celtíbero-lusitanas (hipótesis comúnmente admitida dada la posición del Libro XXXIV tras los primeros acontecimientos de la guerra de Segeda), cuanto al viaje a *Callaecia* de D. Bruto en 138-37 a.C. (PÉDECH, *La méthode historique de Polybe...*, pág. 580; G. ZECCHINI, “Teoria e prassi del viaggio in Polibio”, en G. Camassa & S. Fasce, (eds.), *Idea e realtà del viaggio. Il viaggio nel mondo antico*, Génova, 1991, pág. 124 y n. 48).

37 *Contra* DOMÍNGUEZ MONEDERO, “Los términos Iberia e iberos en las fuentes greco latinas...”, pág. 215, que piensa que existe una contradicción entre las dos “Iberias” polibianas.

tipo ideológico que también lo explican: Roma es la verdadera descubridora de occidente a ojos de los griegos (III 58 y 59)³⁸, y con ello también hay motivos de índole historiográfico, puesto que sólo él, que ha acompañado a los ejércitos romanos y ha visitado tales territorios o ha consultado los archivos, puede aportar una información veraz, es decir autóptica, de los ámbitos extremo occidentales (III 58 y 59)³⁹.

Describamos los límites de esta primera Iberia, la que se nos presenta antes del inicio de los acontecimientos hispanos de la Segunda Guerra Púnica. Cuando está situando Sagunto dice que se encuentra “cerca del mar a los pies de una cadena montañosa que marca los límites de Iberia y Celtiberia” (III 17.2); cadena que, desde una perspectiva odológica, no puede tratarse más que del Sistema Ibérico, que tendría una orientación (paralela a los Pirineos) prácticamente N-S⁴⁰. Tenemos, pues, una línea costera perfectamente delimitada siguiendo el uso convencional de la suma de distancias parciales (III 39)⁴¹ entre dos salientes que se proyectan hacia el mar (como son las Columnas de Heracles y los montes Pirineos), y que es

denominada Iberia⁴²; junto a ello, y hacia el interior, una cadena montañosa funcionando como transición hacia un espacio intermedio –la Celtiberia–, y un más allá donde la fragmentación y movilidad étnica hace imposible alcanzar una definición histórica común que le de sentido geográfico. Desde el punto de los esquemas tradicionales de la geografía griega desde sus inicios no hay nada nuevo, puesto que a la hora de articular los espacios el mar se convierte en el componente delineador substancial y, dentro de ello, los accidentes que se proyectan dentro de él. Las dificultades surgen cuando se trata de precisar los espacios interiores, máxime si se encuentran muy divididos. En éstos, y junto a los ríos o las cordilleras, las unidades étnicas son los componentes substanciales para fijar de alguna manera unos parámetros, aunque es preferible que constituyan grupos amplios, homogéneos, y territorial y políticamente definidos y conocidos⁴³. De hecho, los límites internos van cambiando en la medida que se modifican los espacios de dominio cartaginés o romano: en el 220 a.C. Aníbal amplía su campo de acción, y por tanto la frontera de su control, hacia Ólcades, Vacceos y Carpetanos, que

38 *Ibid.*

39 Junto al reconocimiento explícito del uso de Sileno, Sósilo o Fabio Píctor para los asuntos de la Segunda Guerra Púnica (III 13.5 y 14.8; 20.5 y 8.1 respectivamente), hay que añadirle la consulta de la correspondencia privada de los escipiones (X 9.3.; XXI 8 y XXIX 14.3), las entrevistas con testigos oculares (III 48.12), el viaje que realizó con aquél en la campaña de Lúculo del 151 a.C., lo que le llevaría a tierras levantinas, meridionales y del interior hasta presumiblemente Lusitania (III 59; IX 25.4), junto con la investigación sobre documentación original, como el caso de los Tratados romano-cartagineses (III 22 ss.) o la conocida *tabula* del cabo Lacinio, donde se enumeraban las tropas, en su mayoría de origen hispano, que llevo Aníbal a Italia (III 33.18) (seguimos a PÉDECH, *La méthode historique de Polybe...*, págs. 555-60 y ZECCHINI, “Teoria e prassi del viaggio in Polibio”, págs. 129-32).

40 Estas montañas serían la Idúbeda, que F.W. WALBANK (*A Historical Commentary on Polybius*, Vol. I, Oxford, 1970, pág. 328) duda entre el Sistema Ibérico o la Serranía de Cuenca. Desde una perspectiva odológica la Celtiberia estaría ubicada en las tierras del interior meseteño.

41 La elección de dichos puntos responde al uso tradicional de la geografía helenística: ya sean accidentes costeros sobresalientes (cabos; ríos) como también ciudades o pueblos de relevancia histórica, política o geo-estratégica (Cartago Nova; Sagunto; etc.).

42 No obstante, Estrabón nos habla en III 4.19 (*cit. supra*) que “otros daban ese nombre de Hispania sólo a la región de más acá del Íber”, es decir una Iberia limitada al sur del Ebro y una Hispania al norte: ¿terminología anterior a la división entre *Citerior* e *Ulterior* del 197 a.C.? ¿es esta una delimitación de origen polibiano, previa al desembarco de Escipión y correspondiente con el dominio púnico real? ¿es una fuente púnica la originaria? Es posible.

43 Nos remitimos para estos problemas a los trabajos de F. PRONTERA, “Sobre la delimitación de Asia en la geografía helenística”, en A. Pérez Jiménez & G. Cruz Andreotti, (eds.), *Los Límites de la Tierra...*, págs. 77-105 y el citado “Identità etnica, confini e frontiere nel mondo greco”, *passim*.

funcionan así como frontera ibérica (III 13 y 14). De nuevo estamos ante un criterio histórico-geográfico. Finalmente, el Ebro –del que no hay ninguna confusión sobre su ubicación al norte de Cartago Nova y de Sagunto y al sur de Ampurias y Tarraco (*vid.* III 95.2-5; 97.3; IV 28.1)⁴⁴– sirve como eje de conexión entre la costa y el interior, corriendo en paralelo a los Pirineos, y de articulador de los acontecimientos que se suceden, mayormente, a un lado u otro de él.

Pero, ¿cómo es la Iberia del Libro XXXIV? En estos momentos sí puede entrar a precisar su peninsularidad, puesto que los ejércitos romanos han posibilitado su conocimiento (XXXIV 5.12-14). Para ello se ufana en polemizar con Dicearco y Eratóstenes y la fuente común a ambos, Píteas (XXXIV 5 y 7). Partiendo de lo ya expuesto en III 39, que es la suma de distancias parciales del camino seguido por Aníbal, modifica el número total de estadios de la fachada mediterránea entre las Columnas y los Pirineos de los 6000 eratósténicos a los 8000 suyos (III 39; XXXIV 7.3). Asimismo, al igual que los Pirineos siguen siendo la frontera oriental de la península, el Tajo la cruza transversalmente y le sirve para calcular su longitud en unos 9000 estadios (XXXIV 7.5-6). Si a ello sumamos que la distancia entre las Columnas y el Cabo Sagrado era aproximadamente de 1000 estadios, el resultado es una imagen alargada de Iberia y proyectada hacia el Atlántico con un eje longitudinal de NE-SO y el Cabo Sagrado

como extremo más occidental, los Pirineos de norte a sur y tres puntos sobresalientes: el Cabo de Roca, en la desembocadura del Tajo, el citado Cabo Sagrado y las Columnas. En el interior, y como es habitual, ríos y montañas articulan el espacio: el Betis y el Anas que distando entre sí 600 estadios atraviesan también longitudinalmente la península (XXXIV 9.12), y las montañas de Oróspeda e Idúbeda (en STR., III 4.12 y 13 = C 162 y 163). Junto a ello, grandes unidades étnicas –que por su tamaño e importancia histórica ahora sí merecen ser nombradas y definidas– cubren el territorio: la Celtiberia y los celtíberos junto a los vacceos, entre el nacimiento del Tajo, la Oróspeda y la Idúbeda, con los ilergetes como límite de lo ibérico en torno al Ebro; La Lusitania y los lusitanos entre la desembocadura del Tajo y el extremo septentrión (III 17.2; X 7.3-5; STR., III 4.12, 13 y 19 = C 162, 163 y 166); los turdetanos en el entorno del Betis, junto a unos celtas extremos (XXXIV 9.1-3) y, cómo no, los iberos de la costa mediterránea. Ya tenemos, así, completo para estas fechas el diseño geográfico y el mapa étnico-político del conjunto peninsular. Polibio no escapa, por tanto, de ese mecanismo tan propio de simplificación geométrica y especulativa de la geografía helenística, y de sus instrumentos de proyección de datos itinerarios sobre el mapa; su novedad es la proyección histórica del resultado: la península no tiene entidad antes de ser reconocida y conquistada por Roma⁴⁵.

44 Estudio pormenorizado en JACOB, “L’Ebre de Jérôme Carcopino”, págs. 200-2. No obstante, este autor ve en la mención de ἐν τῷ Ἰβηρῷ de IV 28.1 una única mención polibiana a la noción restrictiva de Iberia, y de identificación *Júcar-Iber*, sacada de una fuente púnica, y que sería el límite del tratado de Roma con Asdrúbal del 226 a.C. lo que justificaría el *casus belli* saguntino desde el punto de vista romano. Una síntesis reciente en este sentido en L. SÁNCHEZ GONZÁLEZ, *La Segunda Guerra Púnica en Valencia. Problemas de un casus belli*, Valencia, 2000, especialmente págs. 64-73 para el conjunto de fuentes.

45 Para enmarcar a Polibio en el conjunto de la revisión de la cartografía occidental desde Eratóstenes en adelante así como sus instrumentos empíricos *vid.* F. PRONTERA, “Note sul Mediterraneo occidentale nella cartografia ellenistica”, en M. Khanoussi, P. Ruggeri & C. Vismara, (eds.), *L’Africa Romana. Atti dell’XI convegno di studio. Cartagine, 15-18 dicembre 1994*, Ozieri, 1996, especialmente págs. 339-41; ID., “Immagini dell’Italia nella geografia antica da Eratóstene a Tolomeo”, *Riv. Geogr. Ital. Annata del Centenario*, 100 (1993), págs. 39-42 y 45-46; y recientemente, ID. “Sulle basi empiriche della cartografia greca”, *passim*.

Por tanto, un segundo elemento esencial en Polibio es que se va produciendo una progresiva separación entre esa Iberia que termina por definir la totalidad peninsular (XXXIV 8.4), a medida que se conquista y se reconoce, y esos iberos fundamentalmente en tanto que habitantes de la costa mediterránea (aunque esto no está totalmente claro en nuestro autor, que cae en ciertas contradicciones): tras la Segunda Guerra Púnica aparecen los vacceos, celtíberos –arévacos, belos, titios– (III 5.1; XI 31-32; XXXV 2), que ocupan el interior meseteño, así como también los turdetanos (XXXIV 9.2-3) y los lusitanos (XXXIV 8; XXXV 2; quizás también en STR., III 3.3 = C 152 y 153), todos ellos “grupos aglutinantes” tan del gusto de la etnografía helenística.

En el contexto de la Segunda Guerra Púnica los “iberos” aparecen como un término general que resume al conjunto de combatientes indígenas en uno u otro bando, y a menudo los réglulos aparecen aludiendo tan sólo a esta definición. Pero no nos equivocamos, Polibio es perfectamente consciente de que lo componen distintos *ethne*, que combaten siguiendo a sus propios jefes (X 38.6), con sus propias armas y vestimenta (III 114.4). La enumeración pormenorizada que hace de los diferentes grupos en III 33, a partir de documentación epigráfica (III 33.18) es muy significativa: distingue entre los contingentes que Aníbal pasó a Libia a los “oretanos iberos” de los tersitas, los mastios y los ólca-

des. Es decir, una concepción restrictiva de “Iberia/iberos” explicable en contexto de los antecedentes inmediatos de la Segunda Guerra Púnica. En cambio, en III 72.8 parece deducirse que los iberos que componían la caballería podían ser de un origen muy general, que por Livio (XXI 5.7) se sabe que eran celtíberos y lusitanos en su mayoría (*cf.* también XI 31)⁴⁶. Aunque pensamos que en general los iberos de Polibio corresponderían a la franja mediterránea, no excluimos la posibilidad de que el término reflejase –cuando no desea precisar más– al conjunto de tropas hispanas que luchaban como mercenarios al servicio de unos y otros, fenómeno por otro lado suficientemente conocido⁴⁷.

Igualmente, la descripción que se puede extraer de sus líneas está muy alejada de una concepción simplista de la barbarie, tal como se podría deducir –por ejemplo– del conocido excursus galo (en II 15 ss.)⁴⁸. Aunque lo guerrero está siempre presente, obviamente debido al contexto bélico de la narración, hay otros elementos de articulación tan importantes: la estructura familiar y la ciudadana. De hecho los rehenes que tenía Bóstar en su poder en Sagunto pretendía devolverlos a sus “padres y ciudades” (III 98.7; X 18.4); y, dentro de ello, la edad, el sexo y el rango son elementos distintivos de la jerarquía: hijos o mujeres de *dignitas* notoria, es decir, escogidos de entre “los hombres más ilustres” (III 98.1; X 18). Del conjunto de informaciones

46 Ya DOMÍNGUEZ MONEDERO, “Los términos Iberia e iberos en las fuentes greco latinas...”, pág. 218.

47 *Vid.* J. PELEGRÍN CAMPO, “La representación de los mercenarios en las *Historias* de Polibio”, *Veleia*, 17 (2000) 61-77.

48 Como piensa Ph. BERGER (“Le portrait des celtes dans les *Histories* de Polybe”, *AS*, 23 (1992) 105-126, especialmente págs. 110-15 y 124-26) ni incluso en este caso la concepción de la barbarie polibiana responde a un esquema binario y antitético, y eso que los galos de la llanura padana representan el bárbaro por excelencia para Roma, ya que fueron un peligro constante que incluso tomaron la ciudad. Por encima de su carácter guerrero natural están ciertos condicionamientos geográficos, como que la riqueza de dicha llanura les puede facilitar su progresiva sedentarización y civilización, y al abandono de sus ancestrales ansias guerreras como forma de vida (II 33.2; III 79.4). *Contra* G. ZECCHINI (“*Hispania semper fidelis*: il rapporto degli Spagnoli verso Roma in età imperiale”, en M. Sordi, (ed.), *Autoconciencia e rappresentazione dei popoli nell'Antichità*, CISA 18, Milán, 1992, págs. 267-8) que plantea que pese a que Polibio elabora la primera “tradición etnográfica autóptica”, su imagen de lo hispano como guerrero viene a repetir un tópico ya presente en Tucídides y Aristóteles (*cit. supra*); es decir, definiendo para Polibio una visión menos matizada de lo bárbaro.

conservadas, parece que las tres realidades funcionarían de manera en cierto sentido autónoma. Los régulos y jefes militares agrupaban en torno a sí a cortejos de “parientes y amigos” (X 34.4 y 6; 35.2), controlaban territorios cambiantes y podían formar incluso en torno a ellos grandes coaliciones de *populi* (X 34 y 35). Tanto dentro como fuera del grupo les unían lazos de *amicitia* y fidelidad mutua, y las jerarquías respondían también a la fama y el prestigio militar (III 98.2). Jerarquías y dependencias interétnicas –no siempre estables– fundamentadas en la palabra dada y ritualizadas, como es el caso del acto de sumisión o *proskúnesis* de los caudillos iberos Edecón e Indíbil a Escipión, al que pretenden aclamarlo militarmente como *basiléus* y él únicamente desea que lo llamen *strategós* (X 38.3 y 40.2-5)⁴⁹.

En casi todo el relato hay una ausencia de connotaciones negativas en torno a estos jefes guerreros, como tampoco vemos la consideración de que la guerra sea para estos grupos étnicos ibéricos una forma de vida (a diferencia del caso galo), sino un mecanismo de defensa que se pone en marcha cuando la situación lo requiere, nutriéndose de la capacidad poblacional y económica de algunas ciudades. No obstante, no olvidamos que, posiblemente, este tratamiento “heroizado” de los que serían importantes aliados de

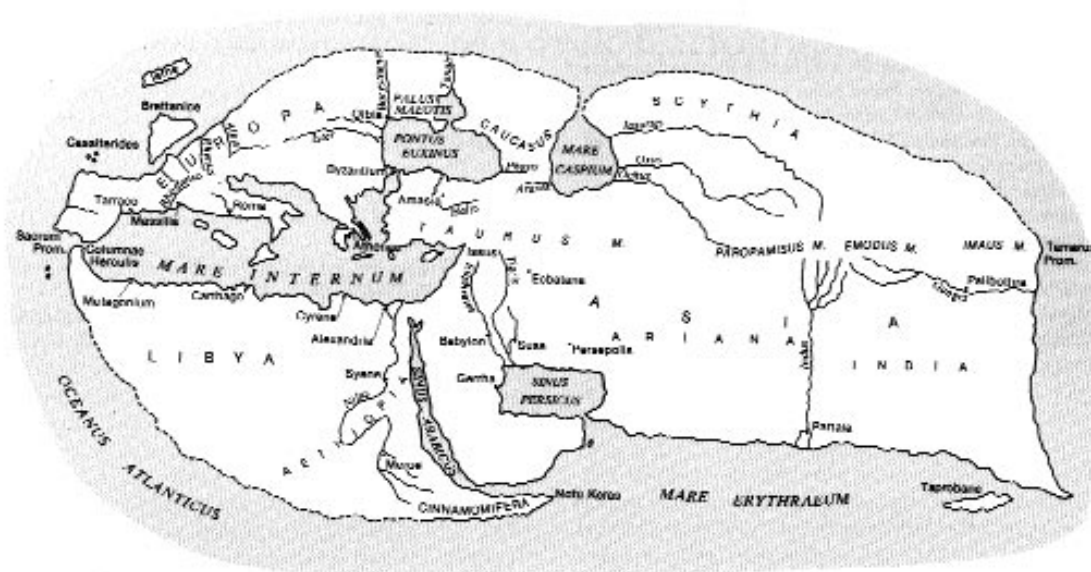
Roma en la expulsión de los púnicos, puede responder también al deseo de resaltar el exquisito tratamiento de los indígenas por parte de Escipión frente a la tan conocida perfidia cartaginesa (cf. IX 1 con X 34 y 35). De hecho, cuando tras la marcha de los cartagineses surgen las primeras rebeliones ilergetas por el incumplimiento de los acuerdos con el general romano, aquellos son tachados de “volubles”, “impulsivos”, y “poco respetuosos con la palabra dada” (XI 25 a 33), al más puro estilo expresivo de la barbarie canonizada.

Con todo, Polibio parece observar en este mundo ibérico mediterráneo una sociedad en formación, básicamente poliada (aunque no a la manera clásica), articulada también en torno a grupos étnicos que funcionarían de manera semi-autónoma sobre todo en situaciones de crisis, pero con el soporte de las ciudades. Si detrás de estos iberos hay una cierta conciencia de pertenencia común es un hecho difícil de definir, pero no es menos cierto que la política de alianzas y coaliciones, que esconden también procesos hegemónicos, y que la presencia cartaginesa y romana ha acelerado, es un factor determinante para pensar en este sentido, como ocurrirá también en el caso celtibérico⁵⁰.

Casi un siglo y medio después tenemos la mayor y más importante obra de geografía y

49 Una síntesis reciente en N. COLL I PALOMAS & I. GARCÉS I ESTALLO, “Los últimos príncipes de occidente. Soberanos ibéricos frente a cartagineses y romanos”, en C. Aranegui, (coord.), *Los iberos. Príncipes de occidente. Congreso Internacional*, Barcelona, 1998, págs. 439-46 donde se analiza la diferente terminología. Un análisis más general –discutible en algunos puntos, pero útil–, procurando establecer una tipología para el conjunto peninsular, a partir de los trabajos de Caro Baroja y Presedo, en J. MUÑIZ COELLO, “Monarquías y sistemas de poder entre los pueblos prerromanos de la Península Ibérica”, en P. Sáez & S. Ordoñez, (eds.), *Homenaje al Profesor Presedo*, Sevilla, 1994, págs. 283-296.

50 JACOB en “Le rôle de la ville dans la formation des peuples ibères”..., págs. 31 ss. (con un cuadro de las equivalencias *pòleis / ethne*), desarrolla la interesante hipótesis de que la ciudad (no en su acepción más clásica) es la realidad nuclear en el proceso formativo del mundo ibérico, y el eje a partir de la que se articulan y se definen las unidades étnicas. También MORET en *Les fortifications ibériques*..., pág. 278, demuestra que los “amurallamientos” ibéricos aparecen más como “el proyecto colectivo de una comunidad, que como la manifestación del poder o el prestigio de una aristocracia”. En el mismo sentido y en una apretada síntesis de la ciudad ibera recientemente en M. BENDALA, “La ciudad de los iberos, espacio de poder”, en C. Aranegui, (coord.), *Los iberos. Príncipes de occidente*..., págs. 25-34. Una síntesis de la Iberia polibiana en nuestro trabajo junto con la colega P. Ciprés, “Polibio y la geografía de la Península Ibérica: la construcción de un espacio político”, en J. Santos & E. Torregaray, (eds.), *Polibio y la Península Ibérica. Revisiones de Historia Antigua IV (20 y el 22 de noviembre de 2000)*, Vitoria-Gasteiz, 2000, en prensa. Más escéptico en relación a la importancia de Polibio es GÓMEZ ESPELOSÍN, “Iberia as a Barbarian Land: Perception of a Cultural Stereotype”, págs. 136-38.



La ecúmene según Estrabón (en E.H. Bunbury, *A History of Ancient Geography*, vol. II, Nueva York, 1959 [2ª ed.], pág. 238)

etnografía peninsular. Nos referimos a la obra de Estrabón⁵¹, un autor del cambio de era que escribe el primer compendio geográfico exhaustivo de la antigüedad. El dictamen negativo de Schulten, que en su edición de las *Fontes* lo consideraba poco menos que un copista y no un “geógrafo científico y original como lo son Eratóstenes y Piteas”⁵², ha pesado en exceso durante mucho tiempo en la opinión generalizada de historiadores y arqueólogos hispanos que lo entendían como una fuente poco “fiable”. En el fondo de la cuestión estaba no querer conocer el funcionamiento propio de la geografía antigua en general, y de la obra estraboniana en particular: la comparación con los modelos de Plinio o Ptolomeo dejaba al autor de Amasia en muy mal lugar, como si fueran obras asimilables⁵³.

La geografía de Estrabón no pretende ser una descripción minuciosa de la realidad peninsular de su época; no es un resumen de tipo administrativo o un libro de viaje resultado de la experiencia personal; es, simplemente, un análisis de la ecúmene dominada por Roma dentro de la tradición de la geografía descriptiva griega que se ha ido fraguando en los siglos anteriores: por ello buena parte del relato sobre Iberia, y del conjunto de debates que encontramos en su libro III, hay que entenderla en el contexto polémico de la discusión estraboniana con la tradición helenística precedente (Píteas, Eratóstenes, Polibio, Artemidoro, Posidonio, Asclepiades) y su esfuerzo de actualización lógica y racional (aunque no haya visitado la península), además del papel asignado a Roma como poten-

51 Siempre que no se especifique el autor las citas entre paréntesis pertenecen a Estrabón.

52 A. SCHULTEN, ed. y trad., *Estrabón. Geografía de Iberia. Fontes Hispaniae Antiquae*, fasc. VI, Barcelona, 1952, pág. 2.

53 Vid. para los tres F. PRONTERA, “La cultura geográfica in età imperiale”, en G. Pugliese Carratelli, (ed.), *Optima Hereditas. Sapienza giuridica romana e conoscenza dell’ecumene*, Milán, 1992, págs. 277-317.

cia que finalmente da sentido histórico a un lugar por otro lado afortunado de antiguo en riquezas y gentes⁵⁴.

En este sentido, su intención y función está profundamente inscrita en el carácter histórico de la geografía descriptiva, que ya veíamos en Polibio: no se trata únicamente de enumerar los pueblos y ciudades, con sus recursos y costumbres, sino de analizar el cómo y el por qué han llegado a esa situación y el papel que finalmente cumple Roma, como potencia civilizadora. Es la compleja relación dialéctica entre los territorios, que a través del tiempo se definen en sus límites y en su propia “personalidad” (la que le dan los pueblos que las habitan y las condiciones del medio), y la acción histórica sobre los mismos, culminada con la conquista romana. Precisamente por ello, la visión estraboniana de la Península Ibérica no puede adscribirse a una cronología concreta, pues constituye en cierta medida la Iberia del pasado y del presente: como bien ha subrayado Prontera⁵⁵ el avance de la geografía antigua no se produce por sustitución sino por añadidos o actualizaciones que van reflejando las distintas experiencias históricas, y eso ocurre también con la Iberia estraboniana⁵⁶.

Por todo ello, cuando se analiza el contenido del Libro III estraboniano, hay que tener muy presente una serie de factores. En primer lugar, la conciencia de las dificultades del empeño de describir adecuadamente una tierra alejada, fragmentada y de la que se han tenido pocos datos hasta el presente, tal como queda reflejado en el texto citado más arriba (III 4.19 = C 165 y 166 y también III 1.2 = C 136 y 137). Todo esto nos transmite la idea de un autor serio y riguroso, con unas ideas y principios claros, dentro de lo que se entendía por ello en el contexto de la ciencia helenística, y dentro de ello de la geografía, que él se atreve por vez primera a sistematizar.

En segundo lugar, su posición crítica con las fuentes que utiliza, que dependerá de variables ideológicas, de la intención descriptiva para cada área concreta o de la aplicación de un riguroso criterio de lógica y verosimilitud, en ausencia de una verdadera autopsia: Estrabón es más exigente con sus fuentes cuanto que cree que es más necesario el rigor para partes de la ecúmene que, como ésta, eran hasta hace muy poco prácticamente desconocidas –un principio muy polibiano, al

54 *Vid.*, Fundamentales son: ID. “Prima di Strabone: materiali per uno studio della Geografia antica come genere letterario”, en F. Prontera, (ed.), *Strabone. Contributi allo studio della personalità e dell’opera*, vol. I, Perugia, 1984, págs. 189-259, especialmente 211 ss.; A.M. BIRASCHI, “Una geografía per l’impero”, en *I Greci. Storia. Cultura. Arte. Società. 2: Una storia greca. III. Trasformazioni*, Turín, Einaudi, 1998, págs. 1079-1097 y EAD. & G. MADDOLI, “La geografía: Strabone e Pausania”, en G. Cambiano, L. Canfora & D. Lanza, (dirs.), *Lo Spazio Letterario della Grecia Antica. I. La Produzione e la Circolazione del Testo. 3. I Greci e Roma*, Roma, 1994, 181-210, especialmente 188 ss. Para un análisis de la Iberia estraboniana en el contexto del conjunto de la evolución de la visión del extremo occidente desde época arcaica hasta nuestro autor *vid.* F. PRONTERA, “Notas sobre Iberia en la *Geografía* de Estrabón”, en G. Cruz Andreotti, (coord.), *Estrabón e Iberia...*, págs. 17-29. *Vid.* también nuestro “Estrabón y el pasado turdetano: la recuperación del mito tartésico”, *Geographia Antiqua*, 2 (1993) 13-31, especialmente 15-20.

55 “Notas sobre Iberia en la *Geografía* de Estrabón”, pág. 25.

56 Este carácter “diacrónico” e “intemporal” de la Iberia estraboniana, que es el toque que aporta el propio Estrabón a unas fuentes que se extienden desde el siglo II a.C. e incluso antes, ya lo apuntó como conclusión –aunque sin aclarar el por qué ni corresponderse con el resto del texto- en el por otra parte pionero trabajo de A.J. DOMÍNGUEZ MONEDERO, “Reflexiones acerca de la sociedad hispana reflejada en la *Geografía* de Estrabón”, *Lucentum*, III (1984) 201-218, especialmente págs. 212-213. En un trabajo posterior destaca este mismo autor que la *Geografía*, y en concreto el contenido histórico de la misma, está totalmente enfocada a destacar como Roma constituye el final feliz de un proceso de potenciación de las condiciones naturales de Iberia y de sus gentes: ID., “Los romanos e Iberia como tema histórico en la ‘Geografía’ de Estrabón”, en *Actas del IIº Congreso andaluz de Estudios Clásicos. (Antequera-Málaga, 1984)*, vol. I, Málaga, 1987, págs. 177-183, especialmente 180-82.

que continua en unas Historias desgraciadamente perdidas⁵⁷.

En tercer lugar, su consideración ideológica (que no administrativa) del fenómeno romanizador, que en este alejado extremo del occidente mediterráneo dura más de dos siglos y es bastante discontinuo: el papel de Roma es la potenciación de unas cualidades, en parte innatas, a los territorios hispanos, y él tiene el privilegio de observar dicho proceso en su parte final, y de ahí su exposición diacrónica de la evolución de Iberia, sus pueblos y sus territorios, y las aparentes aporías en este sentido⁵⁸. No es lo mismo la realidad turdetana –verdadero paradigma de integración–, que la meseteña o septentrional, en parte ejemplo de “barbarie”: el tipo de noticias que recoge y selecciona, la cronología a la que se pueden adscribir en ese amplio arco del siglo II a.C. en adelante o el énfasis que pone en determinados aspectos son sensiblemente diferentes⁵⁹.

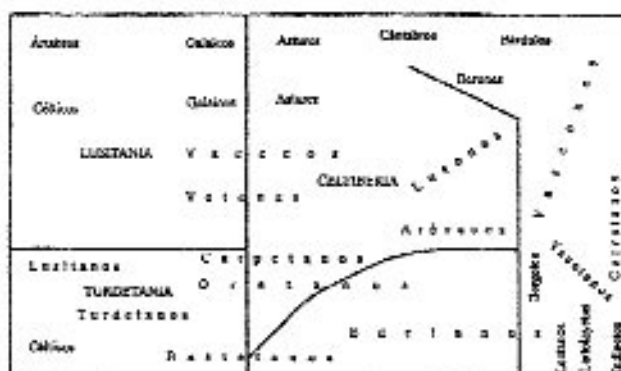
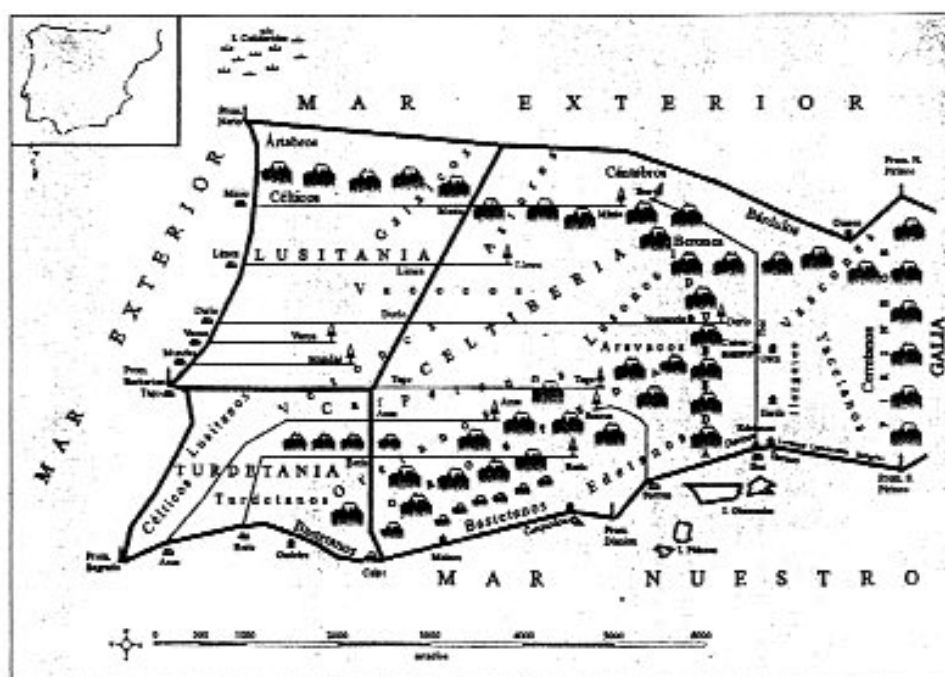
Por todo ello, la imagen de Iberia y de los iberos resultante del Libro III de su *Geografía* hay que verla en este contexto, evidentemente complejo, de acumulación y filtro de datos durante casi dos siglos, y de unas intencionalidades literarias e ideológicas bastante evidentes. En términos generales Estrabón sigue un sistema descriptivo tradicional: de la costa al interior. Partiendo de las Columnas hasta el Cabo Sagrado, lo que le da pie para entrar en la amplia descripción de Turdetania;

le sigue el retrato de la costa atlántica hasta los cántabros, lo que le lleva a describir el interior inmediato; en tercer lugar, la semblanza de la costa mediterránea hasta los Pirineos y, de nuevo, hacia el interior siguiendo básicamente el curso del Ebro; finalmente le toca el turno a las islas (Baleares y Gades), claramente integradas en la superficie continental ibérica. Los elementos definidores del mapa siguen siendo los mismos: la costa, los ríos –todos ellos corriendo en paralelo a los Pirineos, que siguen orientados de N a S, a pesar de la opinión contraria de Píteas y Eratóstenes–, las cadenas montañosas y, en su defecto, las grandes unidades étnicas, a su vez divididas en partes. Su interés se centra en la delimitación aproximada de las comunidades, el tipo de hábitat (de llano o de montaña), su grado de comunicación interna y de cara al exterior a través de ríos, esteros y puertos; en su forma de hábitat y/o las ciudades más sobresalientes; en los recursos naturales (agricultura, ganadería, pesca, artesanado y minería); en algunas curiosidades de tipo etnográfico (alimenticias, sociales, sexuales, religiosas) –y dependiendo de qué áreas estemos hablando–; en los mitos griegos o las tradiciones a ellas asociados y, finalmente, su grado de romanización. Desde el punto de vista puramente administrativo de la presencia romana la información es bastante escasa y escueta: algunas referencias al proceso de conquista, a las guerras civiles y, finalmente, a la

57 Vid. D. AMBAGLIO, “Gli ‘hystorikà hypomnemata’ di Strabone. Introduzione, traduzione italiana e commento dei frammenti”, *MIL*, XXXIX (1990) 377-425. Para Polibio fuente de Estrabón puede verse la Introducción de F. LASSERRE en la ed. de “Les Belle Lettres” a los libros III y IV, págs. 6 ss.

58 Para esta consideración, por otro lado muy estoica, *vid.* G. AUJAC, “Strabon et le Stoïcisme”, *Diotima*, 11 (1983) 17-29. Para la romanización *vid.* F. LASSERRE, “Strabon devant l’Empire romain”, *ANRW*, II 30.1 (1982) 867-896, especialmente 889 ss. Todo ello hay que entenderlo en una concepción de “frontera” más político-ideológica que física, de la que participa Estrabón así como otros autores de época augustea: por eso aquél se permite escribir una geografía que hace coincidir el Imperio con el mundo realmente en condiciones y posibilidades de ser habitado (*vid.* II 5.18; 26; 43; XVII 1.3; 3.24) (en E. FREZOULS, “La formation et l’évolution du concept de frontière à Rome”, en E. Olshausen & H. Sonnabend, (eds.), *Stuttgarter Kolloquium zur Historischen Geographie des Altertums* (4, 1990). *Geographia Historica* 7, Amsterdam, 1994, págs. 465-486, especialmente 480-871).

59 Para todo lo dicho me remito al magnífico trabajo de F. TROTTA, “Estrabón, el Libro III y la tradición geográfica”, en G. Cruz Andreotti, (coord.), *Estrabón e Iberia...*, págs. 81-99.



La Península Ibérica (arriba) y aproximación esquemática de su ordenamiento étnico (abajo) siguiendo el Libro III de Estrabón (según J.M^a Gómez Fraile, *Los celtas en los valles altos del Duero y del Ebro*, Alcalá de Henares, 2001, págs. 44-45)

división administrativa de época augustea y las modificaciones introducidas por Tiberio en la ubicación de tropas tras las guerras cántabras.

Si los datos de tipo económico se pueden remitir fundamentalmente al presente, y están

enfocados claramente a las posibilidades que tiene para Roma su presencia en la Península –y la descripción de Turdetania es paradigmática en este sentido⁶⁰–, no ocurre lo mismo con los datos de tipo etnográfico. En este últi-

⁶⁰ Siguiendo en este caso el modelo producción/comunicación/exportación, sin cuestionar las carencias ni los desequilibrios del sistema, es decir según un esquema idílico y estereotipado de reserva de excedentes y posibilidades fiscales (que también aplica en Italia: *vid.* D. FORABOSCHI, “Strabone e la geografia economica dell’Italia”, en G. Maddoli, (ed.), *Strabone e l’Italia antica*, Perugia, 1988, págs. 178-189, especialmente 180-85). Nos remitimos a D. PLÁCIDO, “Estrabón III: el territorio hispano, la geografía griega y el imperialismo romano”, *Habis*, 18-19 (1987-1988) 243-256 y D. MONTERO BARRIENTOS, “El determinismo geográfico, la geografía económica y el imperialismo en la obra de Estrabón”, *Stud.Hist.HªAnt.*, 13-14 (1995-96) 311-330, además de nuestro “Estrabón y el pasado Turdetano...”, especialmente págs. 23 ss.

mo caso es directamente proporcional la abundancia de aspectos y curiosidades etno-gráficas –que pretenden destacar, en primera instancia, la alteridad con respecto a otros territorios peninsulares– a medida que nos aproximamos a la cornisa galacia y cantábrica, de la misma manera que disminuyen las asociaciones entre mitos griegos y territorios hispanos. Y al contrario ocurre para el área mediterránea, fundamentalmente para la Turdetania (*vid. infra*)⁶¹.

Centrándonos en la cuestión inicial, para Estrabón no hay en general ningún tipo de confusión entre Iberia y el espacio peninsular. El párrafo expuesto más arriba lo especifica claramente. Las menciones son numerosas, con los Pirineos como frontera entre el mundo céltico y el ibérico (III 1.3 = C 137; 4.8 = C 159; 4.10 y 4.11 = C 161; 4.16 = C 164) e, incluso, en un momento determinado mezcla la terminología griega con la latina al hablar de la “Iberia exterior” (III 4.9 = C 160) o la “costa ibérica del mar nuestro” a diferencia de la oceánica (III 4.16 = C 163). La descripción de su peninsularidad sigue los más característicos parámetros de la geografía helenística sistematizada por Eratóstenes. Junto al uso de una imagen que ayude al lector a idear de manera aproximada la forma de la Península Ibérica (la conocida del “buey extendido” –III 1.3 = C 137), tenemos una escueta delineación de los cuatro lados peninsulares, con el Cabo Sagrado como punto más occidental –que hay que atribuir a Píteas o Eratóstenes– (III 1.3 y 4 = C 137 y 138) y la pérdida definitiva por parte de las Columnas de ese carácter de frontera geo-mítica, siendo simplemente una referencia más para la estimación de las distancias. Como era también

habitual en la geografía helenística, los sistemas oro-hidrográficos articulan los espacios interiores, descritos –como apuntamos– de la costa al interior (*vid. representación supra*): a la frontera pirenaica, se añade el Idúbeda que corre paralelo al cauce del Ebro y los Pirineos; el Oróspeda, que parte de la mitad de la costa mediterránea para unirse al bosque montañoso entre Cartago Nova y Malaca (III 4.10 = C 161; III 4.2 = C 156); también cita Sierra Morena (III 2.3 = C 142), además de la Cordillera Cantábrica (III 4.20 = C 167). Igualmente, los principales ríos corren longitudinalmente a lo largo de esta península alargada: el Betis (III 1.6 = C 139; 2.3 = C 141-2; 2.11 = C 148), el Anas (III 1.6 = C 139), el Tajo (III 3.1 = C 152), el Duero (III 3.4 = C 153) –ambos naciendo en la Celtiberia (III 4.12 = C 162), el Júcar (III 4.6 = C 159), además obviamente del Iber (III 4.6 = C 159), y otros ríos menores. En torno a ellos se distribuyen las unidades étnicas mayores y menores que, en la medida de lo posible, tienen unos límites naturales claros⁶².

Igualmente, no observamos una concepción restrictiva de los iberos: éstos son “las etnias de Iberia” (ἐθνῶν Ἰβηρικῶν) (III 3.3 = C 152; 4.17 = C 164); el “pueblo ibérico” –en este caso los Cerretanos– (φῶλον Ἰβηρικῶν) (III 4.11 = C 162); los iberos que habitan el extremo peninsular frente a, por ejemplo, los “maurusios” (III 1.4 = C 137); “la tierra de los iberos” (χώρα τῶν Ἰβήρων) (III 2.8 = C 146), y es bastante usual además que especifique la etnia: “iberos llamados bastetanos o también bástulos” (III 1.7 = C 139); “montañeses de Iberia: calaicos, astures y cántabros” (III 3.7 = C 155), etc. En suma, lo ibérico es un genérico que agrupa a etnias

61 *Ibid.*, págs. 20 ss.

62 *Vid.* PRONTERA, “Notas sobre Iberia en la *Geografía* de Estrabón”, págs. 25-29. En un trabajo reciente, J.M^a GÓMEZ FRAILE (“Los conceptos de Iberia e ibero en Estrabón”, *SPAL*, 8 (1999) 159-187, especialmente págs. 164-67) analiza de manera exhaustiva el conjunto de las menciones de Iberia y concluye que, salvo en 25 ocasiones, el resto de las menciones (95) aluden claramente al conjunto de la Península. Esas excepciones se refieren a una Iberia costera o “en sentido estricto” (¿la Iberia polibiana?), lo que nos reafirma en el carácter histórico de la geografía hispana estraboniana.

y tribus. Diferente es pensar si éstas son operativas en la época en la que Estrabón escribe: de acuerdo a su concepción de la evolución de la barbarie y la civilización es posible que su grado de operatividad vaya aumentando a medida que nos alejamos de la costa mediterránea. El caso de los turdetanos es claro: para el momento en que escribe no sólo se les identifica con los túrdulos (a diferencia de la época de Polibio) (III 1.6 = C 139) sino que también “se han asimilado perfectamente al modo de vida de los romanos y ni siquiera se acuerdan ya de su propia lengua. La mayoría se han convertido en latinos y han recibido colonos romanos, de modo que poco les falta para ser todos romanos” (III 2.15 = C 151).

En sentido estricto por civilizado Estrabón entiende a la Turdetania. A ella dedica los más extensos párrafos ya sea para alabar las riquezas y posibilidades del lugar, su alto grado de integración en el sistema administrativo romano o la emigración de origen itálico, así como un pasado plenamente enmarcado en los circuitos míticos helenos (a través de Heracles u Odiseo) o en los históricos mediterráneos (fenicios, griegos, púnicos; leyes y producción literaria, etc.). Este es el papel que cumplirá, como ya analizamos en otro lugar (*vid.* ns. 59 y 60), la recuperación del tema tartésico y de la antigua tradición literaria a él asociado. Nada que objetar, por otro lado, a lo que era y es una costumbre habitual de la geografía helenística: el pasado de los pueblos y territorios está directamente implicado con sus potencialidades presentes y futuras; y la Turdetania constituye para Estrabón el para-

digma del progreso de la civilización en un *continuum* histórico pasado helenizado/presente romano (todo ello en III 2).

El resto, inicialmente, son pueblos caracterizados por las formas más habituales de definición de la barbarie que, por un fenómeno de influencia externa y finalmente por la presencia romana, han ido gradualmente integrándose a formas de vida cultivadas en un desarrollo que va de la costa al interior y al norte extremo, éstos últimos los más tardíamente conquistados y los que aún conservan costumbres más extrañas al modelo greco-romano aunque están en pleno proceso de cambio en el presente (III 4.8 = C 156). El esquema estraboniano no tiene prácticamente fisuras. Así, por ejemplo, cuando al final del capítulo dedicado a Turdetania hace un balance del grado de romanización –*vid. supra*– afirma con claridad que además buena parte de los iberos (en un proceso paralelo a la conquista) “han adoptado esa forma de ser y por ello son llamados togados (*stolátoi*)”, incluso los paradigmáticamente fieros como son los celtíberos (III 2.15 = C 151). En cambio, en una vuelta al pasado, y en el contexto de la descripción de las poblaciones costeras que estuvieron en contacto con los griegos, los califica de “bárbaros”, “orgullosos”, “individualistas”, “ladrones”⁶³, lo que les llevó a ser permanentemente conquistados (III 4.5 = C 158), como “la mayoría de los iberos” (III 4.15 = C 163) antes de la llegada de los romanos. Cuando Estrabón quiere describir el grado sumo de barbarie habla específicamente de los pueblos

63 También en III 4.15 = C 163.

64 *Vid.* también III 4.5 a 8 (C 153 a 156) para lusitanos, calaicos, astures y cántabros. Para su análisis nos remitimos a los trabajos de J.C. BERMEJO citados en n. 6. Hay excepciones, como el caso de la descripción de la costumbre espartizantes de los lusitanos que, contradictoriamente, no responden a un esquema bárbaro clásico, sino al punto de vista de su fuente, más estoica, como es Posidonio. Esta aporía, como ha señalado Trotta (“Estrabón, el Libro III y la tradición geográfica”, págs. 89-90), se resuelve teniendo en cuenta la perspectiva de la romanización: precisamente cuando habla de la época de Bruto *Callaecus* de nuevo vuelve al modelo estereotipado del aislamiento como clave de la barbarie lusitana (todo en III 3.6 a 8 = C 154 a 156), olvidándose de la idealización posidoniana; se trata de resaltar el valor y el mérito de un romano que termina por darle el nombre a la región.

del Norte⁶⁴; en los párrafos 15 a 18 del capítulo 4^o hay bastantes ejemplos: se lavan con orina los dientes; los calaicos son ateos mientras que los celtíberos y demás vecinos del norte hacen sacrificios a divinidades innominadas –III 4.16 = C 164–; los cántabros –tanto mujeres como hombres– son valientes hasta incluso inmolarse antes de ser hechos prisioneros, además de practicar la covada –III 4.17; 18 = C 164 y 165– o una especie de “ginococracia” al transmitirse la herencia por línea femenina –III 4.18 = C 165–. Pero, en cambio, para otras costumbres “insólitas” o “bárbaras” habla en general refiriéndose al conjunto de los iberos (sin distinciones geográficas): determinada forma de peinarse de las mujeres –III 4.17 = C 164–; el uso de un veneno para evitar situaciones indeseables o la consagración de los guerreros a sus jefes hasta la muerte –III 4.18 = C 165–; la forma de luchar bárbara y la utilización de armamento ligero y la habilidad en el uso de la caballería –III 4.15 = C 163–, hasta el punto que van dos en el caballo –III 4.18 = C 165–⁶⁵.

En suma, analizando la etno-historia de Iberia, Estrabón establece puentes entre el pasado y el presente y grados de barbarie y de transición a la romanización, concretando o generalizando cuando las circunstancias temporales o expositivas así lo exigen: la atemporalidad de Turdetania se opone al presente bárbaro cántabro-astur, precisamente para resaltar la reciente pacificación de Augusto.

Por ello, no podemos establecer conclusiones que valgan para todo el arco cronológico que abarca la etnografía estraboniana y la de sus fuentes (de Polibio en adelante), sino que nos tenemos que atener a los criterios descriptivos de nuestro autor. Luego, si es así, lo que es evidente es que no debemos caer a partir de Estrabón en una imagen idealizada de lo ibérico, identificándolo con los pueblos costeros mediterráneos, y unirlo todo ello con su arqueología prerromana, creando –como en el caso tartésico– una línea de continuidad entre el pasado prerromano y romano. Está claro que para nuestro autor de entre el conjunto de pueblos ibéricos los del litoral mediterráneo no fueron igual que los calaicos, como tampoco los celtíberos –que, como los tartesios también poseen una escritura (III 1.6 = C 139)–, pero su punto de vista se ajusta a un esquema histórico de “barbarización” que va de la costa al interior y siguiendo la conquista romana como un instrumento de pacificación y civilización que ha abarcado casi dos siglos (III 3.8 = C 156; III 4.3 = C 157), a excepción de Turdetania y Gades⁶⁶ (marcados por Tartesos y fenicios respectivamente), y del peculiar fenómeno emporitano-ilergete donde el proceso de “civilización” es anterior dada la influencia griega (III 4.8 = C 160)⁶⁷. El programa estraboniano responde básicamente a una única pregunta: la *pronoia* de Iberia, sus premisas positivas de riqueza y prosperidad de sus territorios, se ven finalmente desarro-

65 Vid. P. THOLLARD, *Barbarie et Civilisation chez Strabon. Étude critique des livres III et IV de la Géographie*, París, 1987, *passim*.

66 Vid. nuestros “La visión geográfica de Gades en Estrabón: la elaboración de un paradigma geográfico”, *DHA*, 20.1 (1994) 57-85 y “Estrabón y el pasado turdetano: la recuperación del mito tartésico”, *passim*.

67 No entro en el interesante texto sobre el “carácter mixto de Ampurias”, pero no es menos cierto que desde nuestra perspectiva Estrabón se deja llevar por una visión más cercana a la realidad del fenómeno colonizador que en otros casos, donde ésta es vista desde un punto de vista invasionista. Es cierto que en algunas ocasiones el término “ibérico” en Estrabón adquiere connotaciones étnicas específicas y restringidas a un ámbito geográfico concreto (*vid.* GÓMEZ FRAILE, “Los conceptos de Iberia e ibero...”, págs. 169-70; 173-74), pero siempre en términos pasados; para el presente lo ibérico no tiene una operatividad geo-histórica en términos étnicos. El juego pasado/presente está siempre funcionando en nuestro autor, cosa que GÓMEZ FRAILE no explica en sus conclusiones, por otro lado en buena medida coincidentes con nuestros planteamientos.

llados con la *pax* augustea⁶⁸, lo que por otro lado no quita mérito a la riqueza y las posibilidades para el estudio del geógrafo de Amasia. Nuestro autor establece un grado de transición histórica de la civilización a la barbarie y de la costa al interior en el que el factor civilizador externo es clave. La Turdetania, sometida desde tiempo inmemorial a la presencia colonial, alcanza por ello el mayor grado de cultura en consonancia a un medio privilegiado; la costa ibérica, menos intensamente colonizada, respondería a un esquema de barbarie guerrera, que se aminora con la presencia romana –al igual que la Celtiberia–; los pueblos históricamente aislados y recientemente conquistados están, en cuanto al grado de civilización, aún en mantillas.

En este sentido, y por cuestiones de espacio, no podemos entrar en el análisis de los distintos grupos étnicos y sus respectivas adscripciones territoriales que nuestro geógrafo detalla. Pero no es menos cierto que el método aquí seguido para el examen de lo “ibérico” vale también para su concreción étnica. Debido al profundo carácter histórico de la geografía estraboniana, con su ida y vuelta permanente al pasado, hay que ser cuidadoso con posibles identificaciones territoriales, que el mismo geógrafo entiende como cambiantes: el caso turdetano-túrdulo comentado (III 1.6 = C 139), la “sedentarización” de lusitanos (III 3.5 = C 154), la identificación inicial lusitanos-calaicos (III 3.3 = C 152) o la presente calaicos-lusitanos (III 3.2 = C 152), el cambio de nombre de los ártabros como arrotrebas (III 3.5 = C 154), o la distinta división de la celtiberia en partes (III 4.13 = C 162 y 163; III 4.19 = C 165), etc., constituyen buenos ejemplos de la prudencia a la hora de analizar sin más los datos que nos ofrece pero también de las enormes posibilidades que se

nos abren. Lo que sí parece claro es que detrás de su retrato de la geografía y etnografía peninsular, que a simple vista nos puede parecer estereotipado y simplista, tenemos la percepción de un complejo fenómeno de interacción entre las comunidades indígenas entre sí y entre éstas y el conquistador, resultado de una conquista larga y costosa y de la aplicación de un “modelo de romanización” en la práctica exclusivamente militar. Por ello, no sería demasiado aventurado admitir que a pesar de las loas estrabonianas a la implantación cultural romana, el texto evidencia aún una clara operatividad de los grupos étnicos y sus territorios, aunque no evidentemente desde el punto de vista militar o político.

CONCLUSIONES

Nos hemos dejado fuentes en el tintero: Posidonio, Livio, Plinio, Floro o Apiano merecerían un estudio detallado, e incluso el complejo Avieno. Su inclusión hubiera, al menos, triplicado el número de páginas, aunque el sistema aquí seguido vale para cualquiera de ellas. Con todo, estas líneas simplemente han pretendido invitar a una reflexión sobre el uso (o el abuso) de las fuentes literarias. Pensamos que, estudiadas en su contexto y método, nos abren un sinfín de perspectivas más allá de una lectura literal o superficial de las mismas. Obviamente, en el tema que ocupa este monográfico, será sobre todo la documentación arqueológica la que nos abra las puertas aún cerradas del futuro de la historia prerromana de las comunidades costeras de Iberia. Pero no es menos cierto que la documentación escrita, por su carácter intrínsecamente analítico, permite reflexionar sobre procesos históricos, algunos de gran alcance, rompiendo así con algunas ideas preconcebidas

68 *Vid.* TROTTA, “Estrabón, el Libro III y la tradición geográfica”, págs. 90-92. Este condicionante romanizador es enfatizado por GÓMEZ ESPELOSÍN, “Iberia as a Barbarian Land: Perception of a Cultural Stereotype”, págs. 139-40.

das sobre aquélla tanto en lo metodológico como en lo particularmente histórico.

El análisis del conjunto de fuentes nos demuestra que en la percepción de Iberia y de lo ibérico subsiste una relación dialéctica entre la realidad y el estereotipo, detrás de la que se oculta un conjunto de relaciones entre colonizadores e indígenas de un grado de complejidad que en buena medida se nos escapa. No es menos cierto que para los primeros momentos, y a pesar de la fragmentariedad de los datos, las realidades étnicas no son en absoluto estáticas, de ahí la dificultad de su precisión etnográfica y geográfica por parte de geógrafos e historiadores griegos que intuyen esta realidad. En los factores que puedan explicarlo no vamos a entrar, pero está claro que constituyen la confluencia entre elementos exógenos y endógenos, como todo proceso histórico que se “internacionaliza”.

Es muy posible que la persistencia de términos étnicos y territoriales en época romana nos lleve a pensar en fenómenos identitarios, de cuyo alcance real aún sabemos poco. Evidentemente, éstos serían más fuertes en un momento de crisis bélica, que es el que nos

refleja Polibio, y más débiles (o con una funcionalidad y carácter distinto) cuando escribe Estrabón. No obstante, si en el siglo II a.C. lo ibérico aún puede tener un cierto carácter aglutinante referido a la política de alianzas de las poblaciones costeras mediterráneas, no ocurre lo mismo en el cambio de era, donde ha perdido dicha función, que sí mantiene –por razones de la conquista reciente– lo astur. Dichos fenómenos identitarios no tienen nada que ver con “esencialismos” de nuevo cuño, sino todo lo contrario: la comprensión (y el impulso, posiblemente) por parte de Roma de su operatividad y complementariedad (no sin estridencias y tensiones, evidentemente) con los modelos administrativos romanos, que tanto tardarán en imponerse⁶⁹. Las condiciones particulares de la conquista y la romanización del solar hispano es un factor determinante esencial, y el ejemplo itálico un modelo en el que se fijan los romanos. Lo que está claro es que lo “ibérico” como tal ha perdido peso en los momentos en los que Estrabón escribe, frente a etnias menores. Si es que alguna vez lo tuvo más allá de lo puntual del inicial enfrentamiento con Roma.

⁶⁹ Recomendamos vivamente la lectura de un trabajo que propone un método de análisis en este sentido: G. PEREIRA MENAUT, “Sobre la función del pasado histórico en los movimientos nacionalistas”, en P. Sáez & S. Ordóñez, (eds.), *Homenaje al Profesor Presedo*, Sevilla, 1994, págs. 851-862.